

está el cólera en España. Sabido que fué que la epidemia de Novelda y otros puntos vecinos aparece todos los años, y no es cólera, sino fiebres perniciosas, ha sido preciso que un corresponsal de un periódico afirmase que en Elche había aparecido el cólera, para que adquiriésemos todos la certidumbre de que está en España el mal.

Por fortuna, la proximidad del frío y el ejemplo de lo moderada en sus efectos que ha sido y es en Francia la epidemia (aunque en Nápoles haya hecho tanto estrago), la opinión no se ha alarmado grandemente y reina un buen espíritu público, que es la primera de las condiciones que recomiendan los médicos para combatir con éxito las epidemias.

Fuera del cólera, apenas ha habido asuntos importantes que conmovieran á la opinión.

No ha sido, en efecto, un hecho inesperado, la solemne y aparatosa separación de los amigos del Sr. Moret del Círculo de la Izquierda. El suceso estaba previsto y descontado, mercantilmente hablando, por la gente política. Falta ahora saber dónde irá el Sr. Moret con su grupo, excelente cuerpo auxiliar para un partido ya formado, pero sin condiciones actuales de fuerza para batallar aparte.

Tampoco ha sido una sorpresa el triunfo de los candidatos adictos en las últimas elecciones: es la historia de siempre. Sin embargo, el partido liberal ha obtenido en distintos puntos victorias aisladas que indican que, á contar el cuerpo electoral con más independencia, los conservadores, á los pocos meses de ser poder, ya hubiesen recibido de los comicios una severa advertencia.

En China continúan los asuntos de la guerra *in statu quo*, como los dejó el bombardeo de Fou-Tcheou. La actitud del gobierno francés viene muy bien indicada en una reseña que en *La France* hace un redactor que conferenció con Mr. Ferry en Saint-Dié, donde está actualmente el presidente del Consejo de ministros. Dice así:

«Le pregunté si habíamos ó no recibido noticia oficial de la declaración de guerra por parte de China.

—He mandado colocar, me contestó monsieur Ferry, un hilo especial contiguo á la habitación que ocupo, y hasta estos momentos ninguna noticia que se refiera á la pregunta que Vd. acaba de hacerme, ha llegado á mi conocimiento.

«No solamente no estamos en guerra, sino que China está esperando que nosotros se la declaremos. Hasta el presente China intenta impedir que hagamos provisiones de carbón. Es imposible, pues, asentar á nada de lo que han dicho los periódicos ingleses.

«Deploro en estas circunstancias la actitud que siguen algunos periódicos de Londres, que no se aviene ciertamente con las cordiales relaciones que existen entre ambos gobiernos. Los periódicos ingleses hacen mal en revolver ódios apagados.

«Yo creo que la paz con Inglaterra es preciosa para las dos naciones y para Europa; lo contrario sería una desgracia para todos, y por esto yo deploro la actitud que demuestran ciertas publicaciones británicas. La conducta observada por Francia en el Tonkin, no puede dar lugar á ninguna de las censuras con que ha sido acogida.

«El almirante Courbet se ha portado como un verdadero marino. Recibió orden de dar un golpe enérgico y lo logró en honor de Francia y de las naciones civilizadas.

«Mientras yo sea el jefe del gobierno no he de soportar la más mínima mancha que pueda alterar el brillo de nuestra bandera.

«Fijese Vd. en lo que voy á decir. China faltó á su palabra violando el tratado de Tien-Tsin: nosotros pedimos una reparación que no nos fué otorgada: ¿qué mucho que hiciéramos respetar nuestros derechos?

«El almirante Courbet tiene órdenes recibidas, que debe ejecutar hasta el último punto. No he de revelar su plan de operaciones; pero debo afirmar que el bravo almirante ha de hacer

hablar mucho todavía de su persona. No puedo decir que estemos en guerra, pero sí que perseguimos una reparación, y China debe comprender su error y la justicia de nuestras exigencias.

«Se habla del partido de la guerra en Pekin, más, ¿quién puede saber lo que pasa en la capital del Celeste Imperio? Aquel gobierno conoce nuestras intenciones, y por lo tanto no puede dudar de las consecuencias que puede reportarle su declaración de guerra á nuestra patria»

—Nuestra flota, pregunté al presidente del Consejo, ¿ha hallado serios obstáculos en Fou-Tcheou?

—Creo que el hecho de Fou-Tcheou, repuso M. Ferry, honra á la marina francesa. El almirante Courbet se encontró frente de una fuerza formidable. No podía, por cierto, tomar los buques chinos por simples juncos, puesto que ellos son en su mayor parte acorazados, construidos en los mejores astilleros de Europa, y están provistos de cañones de gran calibre. El almirante Courbet se ha cubierto de gloria y la patria le está reconocida.

—¿Pero, Vd. cree que el Tonkin merece tantos sacrificios?

—Ya lo creo. El Tonkin es una tierra rica y productiva; es una nueva India, un imperio colonial que Francia tiene entre sus manos y de trascendental importancia para lo porvenir.

«Hemos ya dispuesto lo necesario para facilitar el envío de mercancías al Tonkin. Los ricos comerciantes de Rouen van á expedir grandes cargas de algodón. En lo relativo á las minas de carbón y otras de importantes productos del Tonkin, una comisión nombrada al efecto estudiará la cuestión, convencida de que el reparto debe hacerse con imparcialidad absoluta.

«La política colonial que tan censurada ha sido, y sobre la cual se ha escrito tanto, es la política del porvenir para un país como Francia. Una nación como la nuestra, no debe encerrarse en las viejas fronteras; necesita nuevo aire, espacio nuevo. ¿No veis á Alemania que trata de crear un imperio colonial?

«No comprendo á algunos de nuestros compatriotas que se oponen á estas ideas, sin que se les alcance que este es el porvenir de nuestra nación.

«Nuestras relaciones con Alemania, son excelentes.

—¿Qué respuesta piensa usted dar,—le pregunté—al memorial de la extrema izquierda, que le ha enviado á usted el presidente de la República?

M. Ferry, se sonrió.

—¿Qué quiere usted que le responda?—dijo—El presidente de la República no podía hacer más que lo que ha hecho. Dudo que su conducta haya satisfecho á los firmantes, pero ¿qué remedio? Es difícil á un presidente de la República y á un jefe del gobierno, satisfacer á todos.

«Tengo todos los escrúpulos que pueden sentir esos señores, más no debo convocar las Cámaras hasta que para ello haya fundado motivo.

«¿Nos ha declarado China la guerra? No. Entonces, ¿á qué convocar el Parlamento? Si esos señores creen, por casualidad, que estamos sin medios, pueden tranquilizarse; puesto que nos queda todavía dinero para terminar nuestro proyecto hasta el último punto.

«Nosotros no hemos gastado todavía los créditos concedidos por las Cámaras, y por lo tanto, no hay por qué convocar al Parlamento.

«Si ocurriese algún acontecimiento que exigiera reunir las Cámaras, ya las convocaría sin pérdida de tiempo.

—¿Estáis seguro de vuestra mayoría?—le pregunté al presidente del gobierno.

—No digais mi mayoría—repuso—decid mejor: la mayoría.

Todo gobierno la tiene siempre que cumple con su deber trabajando en pró del bien público y en provecho de la República.»

En Egipto tampoco ha habido novedad en la situación: lord Northbrook y el general Wolseley, acompañados de sir Evelyn Baring, llega-

ron á la ciudad de Alejandría el día 10 del corriente, siendo recibidos por Nubar Bajá, presidente del Consejo, en nombre del jedive. A las pocas horas partieron hácia el Cáiro, á cuyo punto llegaron á las ocho de la noche.

Dicen de Souakin, que M. Carlos Huber, que viajaba por el interior de Arabia por cuenta del ministerio de Instrucción pública, fué asesinado cerca de Labegh por los beduinos de la tribu de los Harbs. Su criado árabe Mahmond, fué también asesinado junto con su amo, el día 30 de Junio último, atribuyéndose el móvil del crimen al deseo de apoderarse del dinero y de las armas que llevaban.

Se espera que se pida satisfacción de este crimen, que puede ser prelude de grandes males para la Arabia.

El corresponsal del *Daily Telegraph* en el Cáiro, dice que ha recibido una carta de Berber del 5 de Agosto último, firmada por cinco conocidos comerciantes griegos, que contiene detalles sobre la toma de Berber. Los autores de la carta aseguran que acudieron al ataque 6.000 rebeldes, y que duró tres días.

Los rebeldes perecieron con las armas en la mano, pero los egipcios apelaron á la fuga, habiendo sido desbandados. Al apoderarse los rebeldes de la población cometieron muchos actos de savajismo.

Los firmantes de la carta, declaran haber sido tratados cruelmente, queriéndoles obligar á la apostasía, y que no tienen ninguna noticia de Khartoum.

En Bélgica se han celebrado las dos manifestaciones, la liberal y la conservadora, esta última con grandes disturbios. Sin embargo, la ley sobre enseñanza ha sido aprobada por las dos Cámaras, y se tiene por seguro que Leopoldo II la sancionará.

No queremos terminar esta reseña sin hacer mención de la heroica conducta del rey de Italia, que en compañía de su hermano D. Amadeo, ha visitado la apesada ciudad de Nápoles.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

FILIPINAS Y LA EMIGRACION

Al S. E. de Asia se hallan una multitud de islas que forman el Archipiélago llamado Filipino, del cual vamos á tratar, no de estudiar, sino á dar á conocer á grandes rasgos la profusión de riqueza que en él se atesora, por no haberse dedicado á explotarlo los gobiernos que hasta el día han gobernado en nuestro país.

Estas están entre los 132° y 132°,50' de longitud y los 4°40' y 21,10' de latitud N. Como hemos dicho, al S. E. del Celeste Imperio se encuentran esas islas, las cuales están bañadas por los mares de la China al O., al S. de la Célebes y al E. el grande Océano.

El orden de ellas de N. á S., son: las Babuyanes y las Batanes; al S. de éstas, la de Luzon; la de Mindoro, al S.O. de la de Luzon; la de Palauan, al S.O. de la de Mindoro; encontrándose en medio de ambas las Calamianes.

Al S. de la de Luzon encuéntrase: Marbata al S.E. de ésta; Panayal al S.O. de la primera; Samar al S. de Marbata y la de los Negros; Cebú, Bohol, Leyte, con más pequeñas que se agregan á éstas formando archipiélagos, al S. de todas éstas, la de Mindanao, de gran fertilidad, al S. de la cual está el protectorado de Joló.

En la Micronesia están las Marianas ó de los Ladrones, formando un conjunto de 13 islas. Están al E. de Filipinas y se extienden en línea de N. á S.; las principales son: Guan la primera al S. (vamos por orden de colocación de S. á N.), Rotta al N. de Guan; Leypan, Anataxan, Guyan, Griega, y sobre éstas unos islotes de ninguna importancia.

Las Carolinas están situadas al S.E. de las Filipinas y al S. de las Marianas; son muchas y sería inútil y pesado para el objeto que nos proponemos.

Expondremos los kilómetros y número de habitantes de las islas más principales, con el objeto de demostrar que en aquellas tierras no hay suficiente gente para aprovecharse del inmenso tesoro que poseen.

Babuyanes, que con las Batanes forman un conjunto de 621 kilómetros, sus habitantes no llegarán á 8.000; la de Luzon, con 110.940 kilómetros, con una población de 3.150.000 almas, tiene

una porcion de islas cual si todas fueran hijas de la de Luzon, no sólo por el pequeño espacio que las separa, sino tambien por la analogía de su terreno, producciones geológicas y climatológicas; las principales son: Polillo, al E. de la de Luzon; Catanduanes, al S.E. de la primera; la Marbata, Marinduque, etc., que mina un total de 10.000 kilómetros.

En la de Luzon reside la capital Manila, con una poblacion de 180.000 almas; en la misma se hallan: Cavite, con 2.300 habitantes, buen astillero; Santa Cruz, con 10.000 almas; Lucan, Nueva-Cáceres, Alay, con 12.000, y Caal, con 50.000. La de Mindoro tiene una superficie de 9.650 kilómetros con una poblacion de 39.000 habitantes; se agregan á ésta las de Luban, Marinduque, Ilim y otras más.

Las Calamianes, que forman un archipiélago, cuyas islas son: Buruagan, Calamianes, Dumarán y Cuyo, formando todas la provincia de Paragua.

Es de una fertilidad asombrosa, y *sin duda por esa causa se encuentra abandonada*. Al S. de la Jaragua hay una infinidad de islotes, entre los cuales se encuentra Balabac, que viene á cerrar el mar de Joló.

Al S. de las Filipinas y al N.E. de Borneo encuéntrase las de Joló.

Las de Samar tienen una extension de 12.178 kilómetros; pertenecen á éstas unos 150 á 200 islotes, teniendo una poblacion de 190.000 almas. Al S. de ésta sigue la de Leyte; su extension es de 9.500 kilómetros y comprende la provincia Biliran, las Banamao, Maripipi, las Camotes, Patahon, formando la cifra de 220.000 almas.

Luego sigue la de Bohol, al S.O. de éstas, que tiene 3.250 kilómetros, cuyo distrito comprende las de Siguijas y Danis, con un total de 250.000 almas.

La de Cebú, que está al O. de la de Bohol; tiene una superficie de 5.925 kilómetros y la poblacion de 370.000 almas; siguen luego las de los Negros, con 8.705 kilómetros y 220.000 almas; siguiendo por órden nos encontramos con las Visayas; comprende tres provincias: Capiz, con 193.000 habitantes; Antique, con 106.000, é Iloilo, con 600.000, y el distrito de la Concepcion; la suma de ellas es de 926.000 almas, incluyendo el citado distrito, con una superficie de 11.990 kilómetros.

Al S. de ésta se encuentra la de Mindanao, la segunda en extension, en clima y en producciones; su superficie es de 87.680 kilómetros, el número de habitantes se supone en 800.000 almas.

Como digimos ya, las de Joló, aunque es un protectorado de España, aunque ilusorio, puesto que nuestra bandera no es respetada y nuestros soldados no conocen la escabrosidad del terreno, debemos dejarlo aparte, porque no nos importa para el caso.

Despues de haber expuesto ligeramente, aunque de un modo monotonó y pesado, á causa de las escasas fuerzas y de la poca erudicion que contamos, entraremos ya en la parte de las emigraciones.

El suelo filipino da toda clase de producciones, y en su seno esconde gran riqueza en minerales.

Hay gran produccion en arroces, que abastecen, no sólo al Archipiélago, sino que se exporta en grandes cantidades á la China; se cria el café, el cacao, coco, maíz, plátano, caña dulce, algodón, abacá y tabaco, etc., en sus bosques nacen maderas preciosas, como navia, molave, ébano, ipil, camagon, anislag, tintalo y otros, los hay tambien frutales, como nanca, camamí, mangas, guayabas, tambú, limones, naranjas, etc., se encuentran medicinales, y en especialidad la quina.

En la minería se encuentra el oro, la plata, el carbon de piedra, mercurio, hierro, azufre; se crían el ganado vacuno, el caballo, la caza; entre las aves, las palomas llamadas *camazo* tienen una carne riquísima y su plumaje es vistoso; loros, pericos y catalas. Entre los animales más buscados y estimados del indio, se encuentran, el carbon, cuyos cueros son esquisitos, la tortuga comun y la de concha-carey; finalmente, en las aguas que bañan sus costas se pescan, el coral, el balate, concha-nácar, la perla y otros.

Como vemos, este Archipiélago encierra tesoros inapreciables, tanto bajo el punto de vista agrícola, como minero. El clima es sano, y en Filipinas el europeo se aclimata con suma facilidad, sin tener que sufrir enfermedades de ninguna clase. En España, por desgracia, se mira todo con apatía é indiferencia, y de aquí que permitamos que hermanos nuestros abandonen á su patria, crucen un mar y vayan á dar riqueza con sus brazos á un país sobre el cual no ondea la bandera española. Tenemos una provincia que es como el diamante en bruto; que muchas de sus islas están deshabitadas y que todas ellas en general encuéntrase no muy pobladas; y que en sus campos hay

multitud de bosques, en los cuales el hombre no ha puesto su mano innovadora.

España tiene que ver con gran sentimiento la partida de sus hijos despues de haberlos amantado y criado para que el día de mañana, como buen hijo, le preste su apoyo y esté dispuesto á derramar la última gota de su sangre por el honor de la patria que le vió nacer y que mañana se llamará madre de sus hijos, y la que un día cerró los párpados de sus padres. Todo se concluyó para la pobre madre, las lágrimas surcan sus mejillas y sus intereses se quebrantan. ¿Por qué no hemos de ayudar á los que forman con nosotros la nacion española y darles en un suelo que es España, que se habla el mismo idioma y sobre el cual está el poder del soberano español? Nosotros tenemos el deber de vigilar por los intereses de nuestros compatriotas y darles terrenos que poseemos y que están abandonados á merced de salvajes que no saben lo que tienen y que desprecian lo que en la vida hay más apreciado, la fertilidad de su suelo, la belleza de la Naturaleza y la salubridad del clima, alimentos y de todo aquello que constituye la vida ordinaria del hombre. No, no podemos ser indiferentes á la miseria que en ciertas épocas reina en nuestro país, y todos, desde el jefe del Estado hasta el último de los españoles, debemos contribuir á la felicidad de nosotros mismos, puesto que para todos viene la miseria, aún cuando no sea directamente, y más que nadie nosotros los que la Providencia nos ha concedido el honor de ser el eco del pueblo, es quien debemos levantar nuestra voz, que es la de la patria, para que impidamos la emigracion á la América y al Africa llevando en sí un manantial de fortuna y llevarlos á un punto donde el sol que alumbra es el de España y en donde se enarbola sobre sus fortalezas el pabellon español.

El gobierno es el encargado por la voluntad nacional de velar por los intereses de aquel á quien debe el puesto que ocupa, y por lo tanto debe ocuparse muy en particular de las emigraciones, que es de gran importancia, pues con ellas se desangra el comercio y todo aquello que forma parte de la riqueza nacional.

En Andalucía existen grandes extensiones de terrenos pertenecientes á un mismo dueño, y por lo tanto tenemos en aquel país la miseria, pues si á esas familias se les diese terreno en el Archipiélago filipino, los haríamos felices; en cambio, en Galicia la propiedad está más dividida, viviendo todos felices, sin que aparezca la miseria por aquel rico país, que es uno de los más poblados de Europa, pues, debido á eso, se comprende el gran número de sus hijos por toda la España, y la emigracion de éstos, no es debida á la escasez, sino al afán de trabajo y de tener para su vejez un ahorro con que poder atender las necesidades de la vida.

No nos resta más que encargar encarecidamente á los Gobiernos que fijen su atencion en este punto, pues es de gran trascendencia, porque encierra el desarrollo, la riqueza de un pueblo y se enjuga las lágrimas de otro.

Creemos haber cumplido con un deber al llamar la atencion sobre esto, quedando satisfechos, porque hemos puesto de nuestra parte todo lo que podíamos poner; lo demás queda al que lleve las riendas de la nacion, que á tan duras pruebas le somete la voluntad de Dios.

RAMON DE SANJUAN.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. EDUARDO PEREZ PUJOL

EN EL

CONGRESO NACIONAL SOCIOLOGICO

convocado por el

ATENE0-CASINO OBRERO DE VALENCIA

SEÑORES:

Debo empezar por confesaros mi sincero aunque tardío arrepentimiento de la debilidad con que cediendo á vuestras bondades he venido á ocupar este sitio. Mi palabra incolora, difusa, acostumbrada al frio dogmatismo de la enseñanza, es la ménos á propósito para resumir vuestros debates. Si los hábitos de la locucion académica dieron nombre en Francia á la escuela doctrinaria en són de censura, ¿qué habreis de esperar de mí que tengo todos los defectos, sin ninguna de las cualidades de su estilo? Me faltan el fuego y el sentimiento del color, para dar á vuestra obra los toques de luz

que serían necesarios, á fin de alcance el relieve que requiere su verdadera grandeza. Pero lo habeis querido; y yo me contento con declinar sobre vosotros la responsabilidad de mi insuficiencia.

Entiendo, que lo primero que importa determinar, es la significacion del Congreso por los elementos que lo constituyen, por la influencia social que representan; y en este concepto habeis dado un alto ejemplo que imitar, reuniendo por primera vez las fuerzas vivas del país, la inteligencia, el capital y el trabajo, para ocuparnos de la cuestion social en cuanto se relaciona con la condicion de los trabajadores.

Representan el primero de estos elementos, delegados de las Academias, entre las que descuella la primera de la Nacion, la de Ciencias morales y políticas, miembros de Sociedades Económicas, Ateneos y otras corporaciones científicas. Constituyen el segundo, los dueños y representantes de muchas importantes fábricas de esta comarca; pero la delegacion más nutrida y numerosa, ha sido como convenía que lo fuese la de los Obreros. A cincuenta mil ascenden los miembros de las sociedades representadas por los treinta obreros catalanes que se sientan en el Congreso. Entre ellos se encuentran Pamias, el obrero periodista; Caparó, el fácil orador; á su lado se halla, aunque en sentido un tanto diverso, Roca y Galés, el patriarca de la clase en Cataluña; y no cito otros nombres porque habria de citar á los treinta, verdadera flor de los trabajadores catalanes, fiel reflejo de la cultura de sus compañeros. Más modesta es la representacion de Valencia, donde tienen menos extension las manufacturas; pero aún así, se hallan entre nosotros los delegados de más de quince mil obreros agrupados en sociedades de socorros y de cerca de cuatro mil unidos en sociedades cooperativas, con lo cual y algunos otros de diversas regiones, excede de sesenta mil el número de obreros representados en el Congreso. Con estos elementos ¿que agrupacion en España, en Europa teadria relativamente más competencia y mayor autoridad moral que vosotros para tratar de las cuestiones sociales?

Por lo que toca al procedimiento, si el choque de las ideas ha sido rudo como debía serlo, el de las personas ha sido en cambio mesurado, cortés, sin apasionamientos. Del choque del eslabon con el pedernal salta la chispa, tante más viva cuanto más fuerte ha sido el golpe; del choque vigoroso de las doctrinas en vuestros debates, han surgido las luminosas ideas de vuestras conclusiones. En cuanto á las personas, si alguna vez una frase oscura daba lugar á dudas, ú otra incompleta parecía envolver una reticencia, francas y leales explicaciones ponian término al incidente á satisfaccion de todos. No en vano confiaba desde el primer día en vuestra sensatez y vuestra cordura: á ellas se debe el feliz éxito del Congreso, porque es obra vuestra, he recogido el voto de gracias á la mesa, propuesto por el Sr. Pizcueta, para devolvérselo íntegro, porque á vosotros os pertenece.

Y tiempo es ya de llegar al resumen de las soluciones aceptadas por el Congreso, para precisar su alcance y su significado.

Era preciso fijar ante todo el punto de partida, los términos de la cuestion social en cuanto se refiere á la condicion de los trabajadores, y determinar el criterio con que habíamos de abordar las soluciones que entraña. No podíamos prescindir de esta discusion teórica, porque el pensamiento es quien dirige la fuerza; sólo es real lo ideal, y los hechos sólo tienen valor y duracion en la Historia cuando se apoyan en ideas permanentes. ¿Aceptábamos el criterio socialista, el del individualismo negativo ó nos inclinábamos al liberalismo armónico ú orgánico? Tal vez fué el objeto de la primera sesion y de la conclusion primera, en cuyos debates estuvieron representadas todas las escuelas.

El colectivismo puro no ha tenido otro órgano en el Congreso que el Sr. Rosell en su discurso de hoy, porque aunque el Sr. Pamias manifestaba su deseo de que el obrero tuviese á su disposicion gratuitamente los instrumentos del trabajo, prescindía de este ideal para buscar

en la realidad los medios de ir mejorando la suerte del obrero, para aceptar las soluciones de los socialistas prácticos. Yo acaso me permitiría llamarlos *societarios* prácticos para evitar la confusión á que induce el nombre común de socialistas; los societarios ó lo esperan todo de la asociación voluntaria y de la acción transitoria del Estado: los socialistas, de la asociación forzosa y de la acción permanente del Gobierno, fundido ó no fundido con la sociedad. Aun en el socialismo hay, pues, líneas divisorias, y en su marcha se vé aplicada la ley general del progreso humano. El antiguo socialismo negaba la propiedad y la familia; era perfectamente lógico; negó despues la propiedad, afirmando la familia; hoy niega la propiedad del capital, pero reconoce la propiedad del producto.

No ya el ideal socialista, áun el ideal del Sr. Pamiás y también del Sr. Caparó, está fuera de la realidad; pero se acerca lentamente por efecto del progreso económico. ¿Cómo? Por una consecuencia forzosa de este interés personal tan calumniado y de esta ley inexorable del pedido y de la oferta, tan censurada por anárquica, y que son, sin embargo, y serán siempre las bases necesarias, los factores elementales de la vida económica, Merced al estímulo del interés personal, el capital crece y crece más aprisa que la oferta del trabajo, que la población. ¿Quereis la prueba? En ninguna parte ha crecido tanto la población como en los Estados Unidos de América durante el presente siglo, y allí el interés del dinero, en medio de inevitables oscilaciones, propende, como en todas partes, á la baja, lo cual demuestra la creciente abundancia de los capitales que se ofrecen al espíritu de empresa. Cuando el capital crece, el interés baja; baja por tanto la parte que el capital pide á la producción; y cuanto menos toque al capital en la distribución del producto, mayor será la parte del trabajo, más subirá el salario. El interés del capital baja y seguirá bajando del 6 al 5, al 4 por ciento; en Amsterdam y en Londres ha estado alguna vez el descuento al uno y medio, á pesar de la densidad de la población en aquellos países. Seguirá bajando el producto del capital, seguirá subiendo el salario; esa es la ley del progreso económico, ese el efecto de la anárquica fórmula del pedido y la oferta; pero ni el interés bajará á cero, ni el capital podrá anularse nunca.

El Congreso comprendió la necesidad de afirmar la productividad del capital, y así lo declaró en una de sus últimas sesiones. No es el capital una categoría histórica; el empleo del producto como medio de facilitar y aumentar la producción, es un atributo esencial y característico del hombre: el capital es resultado necesario del interés personal, hijo, como decía Pelletan, de un titán y de una virgen: de un titán, el trabajo; de una virgen, la privación. Pero si cesa la productividad del capital faltando el estímulo de la privación y del ahorro, se ciega la fuente de donde brotan los capitales, y la sociedad retrocede á la barbarie, porque ya lo habeis visto, en el desarrollo del capital se cifran el progreso económico en general, y en particular el progreso del salario. Paso, pues, al capital; adelante el carro del progreso.

Pero sus choques y sus atropellos producen víctimas. Para eso estamos aquí; para eso nos hemos reunido, para estudiar los medios de amortiguar los choques, de curar las heridas de los atropellados por el carro del progreso.

Existe el mal en el mundo económico. ¿Cómo negarlo? ¿Por qué hay tanto mal en el mundo económico? preguntaba Proudhon con desconsuelo. Sí; existen por desgracia el mal y la miseria en proporciones dolorosas; existen como consecuencia de los errores y las injusticias de lo pasado, tanto mayores cuanto más se retrocede en la historia; existen como cortejo pasajero de todo adelante; existen y existirán en proporción decreciente, sin desaparecer del todo, como consecuencia inevitable de la imperfección humana. Pero el mal que en la sociedad se produce, sólo por las instituciones sociales se cura; y el único remedio eficaz contra la miseria, son las asociaciones de prevision y de mutualidad, de cooperación y de patronato.

Así lo declarasteis en la primera parte de vuestra conclusión primera.

Nacen y crecen las instituciones sociales dentro de las condiciones jurídicas que determina el Estado; pero á muchas de estas instituciones les faltan, por decirlo así, los moldes legislativos en que deben vaciarse. Existen de hecho las sociedades cooperativas, y como falta una ley que las defina y garantice, y faltan otras leyes en este orden, habeis invocado la acción del Estado en el ejercicio de sus atribuciones fundamentales, en cuanto á la potestad de declarar y hacer cumplir el derecho.

Vuestra conclusión primera se cerraba reclamando la acción del poder tutelar del Estado en la cuestión social, en aquello á que no alcanzara la iniciativa privada, si bien de un modo transitorio y pasajero, de una manera suficiente hasta llenar todos los vacíos que no alcancen á colmar las asociaciones de prevision y de patronato. Nadie pone en duda estas funciones históricas del Estado: son la aplicación de una ley general biológica, que se manifiesta también en la vida social en los seres imperfectos, unos mismos órganos desempeñan á veces diferentes funciones; mas á medida que la vida va perfeccionándose en la escala de los seres, aparecen nuevos órganos, de manera que llega á tener un propio cada función distinta. Del mismo modo en la historia, cuando las instituciones sociales no alcanzan á cumplir todos los fines humanos, no pudiendo quedar éstos abandonados, se encarga de su cumplimiento el Estado; pero no de un modo absorbente y perpétuo, sino de un modo temporal y limitado, en aquello á que no alcance la sociedad, y sólo mientras las instituciones sociales no tengan energía para realizarlo. Por eso se llaman con acierto funciones tutelares, porque el Estado ha de tratar á la sociedad como el tutor al huérfano, limitando su gestión al período de la menor edad, y procurando, ante todo, despertar sus energías, vigorizar su iniciativa, para dejarle al llegar á la mayor edad la administración de sus bienes y la dirección de su destino.

Hé ahí el sentido y alcance de la primera de vuestras conclusiones, del criterio que habeis establecido para examinar en principio la cuestión social y aplicarlo á las soluciones concretas que requieren sus múltiples problemas. No son éstas conclusiones socialistas, pero entrañan la doctrina del individualismo negativo? Ciertamente, el individualismo formula la conocida regla práctica de «Dejad hacer, dejad pasar,» pero cuando la sociedad no hace, es preciso que haga el Estado; y á ello no se opone el individualismo. ¿Podría decirse que este criterio corresponde al individualismo orgánico ó liberalismo armónico? Lo que importa es que hayamos llegado á ponernos de acuerdo en las ideas fundamentales; en cuanto á lo demás, podemos decir como dicen los franceses: *le nom ne fait rien á la chose*.

Establecido el principio, era precioso descender á las conclusiones prácticas; pero sin que el Congreso pretendiera agotarlas todas. No podían bastar para conseguirlo las cuatro sesiones celebradas, ni las que se celebraran aunque indefinidamente se prolongase, porque cada día los cambios que en el modo de ser de la sociedad produce el progreso humano, traen consigo accidentados funestos, ocasionan males más ó menos pasajeros que exigen el estudio de nuevos remedios. Aun bajo este punto de vista, el Congreso ha sido lo que debía ser: fijado el criterio, ha formulado el índice de las cuestiones que hoy entraña el problema social, al aprobar la nota del Sr. Vives Mora, iniciador del Congreso, á quien de paso me complazco en dar la enhorabuena por su pensamiento y por el feliz éxito que ha alcanzado; y de entre estas cuestiones se han discutido y resuelto las que se consideraban de mayor interés. Abierto el camino, otros congresos lo continuarán; y si en tanto las soluciones aceptadas van planteándose por la clase que representa el capital, los conflictos estarán conjurados, la cuestión social irá resolviéndose poco á poco, porque los trabajadores sabrán esperar.

Al discutirse la primera de las conclusiones

concretas, la relativa á los Jurados mixtos, se reprodujeron las divergencias de escuela; fueron rotos con el choque los ángulos de las opiniones extremas, fueron redondeándose las ideas, y se restableció la buena inteligencia, apenas leyó su proyecto Roca y Galés y pudo percibirse que estaba conforme con la ley votada en Inglaterra en 1872 á propuesta de Mister Mundela, el iniciador de los Jurados mixtos. Vienen á ser éstos como los jueces de paz encargados de presidir el acta de conciliación que ha de preceder á las huelgas; y así como nadie cree menoscabada su libertad, ni áun la libertad de pleitear, porque antes de catillar la demanda se le obligue á celebrar el acto de conciliación, así tampoco se mengua la libertad de los trabajadores ni de los fabricantes, porque antes de estallar una huelga procuren prevenirla, conciliando sus pretensiones delegados de una y otra parte. Mas así como los litigantes son libres de transigir ante el Juez de paz ó municipal, como ahora se dice, y el Juez tiene autoridad para llevar á cabo lo que ante él se ha convenido y transigido; de igual modo el Jurado mixto, ó no ha de ser nada ó ha de tener poder para ejecutar los convenios de obreros y empresarios libremente concertados.

Desde que la solución se colocó en este terreno no podía ya ofrecer dificultad alguna, cuando vino á recibir nuevo alcance con el discurso del Sr. Amorós, quien afirmaba con profundo sentido que en los Jurados mixtos ha de encontrarse un principio nuevo que influya en la organización judicial, sacando de los gremios los jueces de la industria. Es de sentir que el señor Amorós no haya podido desarrollar todo su pensamiento; y yo más que nadie deploro que por no haber llegado á tratarse de los gremios, no se haya dejado oír su elocuente voz en defensa de estas corporaciones.

Aun en este nuevo aspecto de la cuestión no hay nada que no sea práctico y realizable. En Prusia, según los proyectos de 1873 y 1874, los Jurados mixtos deben conocer de los ataques contra la libertad del trabajo y de las cuestiones que nacen del contrato de servicios entre obreros y fabricantes, como en Neufchatel, según la ley común de organización judicial, tienen las atribuciones de árbitros para decidir los incidentes que nazcan del contrato de aprendizaje. Hay en estas leyes algo de las antiguas jurisdicciones gremiales de paz y policía, que Jovellanos deseaba conservar cuando proponía la abolición de los gremios como corporaciones cerradas. De este origen gremial arranca la jurisdicción de los antiguos tribunales de comercio, jurisdicción que pudiera reconstituirse como ensayo del establecimiento del Jurado en lo civil, sobre la base del procedimiento ordinario romano, respetando la unidad del fuero, confiando al Tribunal las cuestiones de derecho, y á jueces ó jurados de comerciantes las de hecho, según tuve el honor de proponer al último Congreso mercantil celebrado en Madrid, en una Memoria que se sirvió publicar entre sus actas.

Sea de esta digresión lo que quiera, nuestro Congreso ha reconocido, como no podía menos, la conveniencia de una ley que establezca los Jurados mixtos sobre la base del convenio entre obreros y fabricantes, considerando esta institución como el mejor medio para impedir los gravísimos perjuicios que á la industria producen las huelgas, y de mantener las relaciones de armonía entre el capital y el trabajo.

Tras esta conclusión habeis votado las que se refieren á cajas de retiro y bancos obreros, pidiendo que se autorice por una ley á los municipios y á las corporaciones provinciales, para iniciar y auxiliar estas instituciones hasta que tengan vida propia.

Es necesario, sin duda alguna, proceder con cautela en la concesión de subvenciones: hay, como decía el Sr. Balaciart, cierto influjo enervante en la beneficencia: diez millones de francos se tomaron en Francia en 1852 de las confiscaciones de la casa de Orleans para aplicarlos á las sociedades obreras; y en 1867 la mayor parte de estas sociedades se encontraban en decadencia ó habían desaparecido, en tanto que florecían en gran número las que sólo eran obra

de la iniciativa privada; pero cuando no se deja sentir la acción de la sociedad, es preciso que obre el Estado, aunque sea con parsimonia; y para que la acción del Estado pueda ser en este punto atenta y vigilante, la habeis confiado á las provincias y á los municipios que, conociendo de cerca las necesidades locales, solamente crearán estas instituciones donde tengan razon de ser, y despues de creadas, podrán tambien de cerca inspeccionarlas.

No hay nada de nuevo ni de alarmante en estas cajas de retiro, que funcionan en Francia desde 1850: en ellas el Estado recibe las cotizaciones voluntarias de los obreros, como las recibiria una compañía de seguros sobre la vida, y proporcionalmente á la cuota mensual ó anual, abona á los ancianos ó inválidos del trabajo una pension, que no podia pasar de 600 francos y que en 1851 se permitió extender hasta mil. Habeis aceptado, pues, los principios del seguro voluntario, de la organizacion francesa; habeis pasado los Pirineos, pero no habeis querido pasar el Rhin, ni haceros cómplices del socialismo gubernamental de Alemania. Cuando las armas prusianas pasaron el Rhin y se establecieron en la Alsacia Lorena, en 1873, el príncipe Bismack aplicó á los obreros de las minas en aquel país, la organizacion de las uniones mineras de Alemania. Segun ella, los obreros de esta industria se reúnen, se reglamentan por circunscripciones locales y constituyen sociedades de socorro y cajas de retiro para ancianos é inútiles, mediante una cotización que forzosamente se les impone, como tambien en parte menor se impone forzosamente á los dueños de las minas. Esta solucion peligrosa es rechazada por nuestros obreros, que condenan la violencia, y no quieren imposiciones para ellos ni para los fabricantes, sino libertad para todos.

En cambio debiais aceptar, y habeis aprovechado el ejemplo que dió en la misma Alemania Schultze Delisle, el gran patrono, cuya muerte lloran los obreros de aquella nacion. Sus sociedades cooperativas de crédito personal, verdaderos bancos obreros, merced al principio de responsabilidad solidaria, reúnen pieza á pieza montañas de céntimos, cuyo capital llega á exceder al de las más fuertes creaciones de la alta banca; y es verdaderamente desconsolador que todavía no se haya tomado entre nosotros la iniciativa para establecer estas instituciones.

Por eso habeis acordado invocar tambien el apoyo de las provincias y de los municipios, para iniciar y auxiliar el establecimiento de estos bancos; y lo habeis invocado con tanto mayor motivo, cuanto que se deja ya sentir entre nosotros la necesidad de establecerlos; se constituyen de una manera parcial é incompleta; pero se percibe claramente que el país se encuentra en condiciones á propósito para desarrollarlos, que el terreno está preparado, que sembrareis en tierra fértil y recojereis abundante cosecha.

Permitidme que os refiera la sencilla pero interesante historia de uno de estos ensayos de crédito obrero. Viene á ser frecuentemente el salario tan estrecho y ajustado á las necesidades del trabajador, que un incidente cualquiera, una enfermedad, una desgracia de familia, basta para desequilibrar su presupuesto y sumirle en la miseria. Un pequeño préstamo, el anticipo del jornal de una semana bastaria para salvarle; pero ¿á dónde acudir para obtenerlo? No siempre es posible acudir al Monte de Piedad, y el que cae en las garras de la usura, el que ha de pagar un real por duro al mes, el sesenta por ciento, puede considerarse como irremisiblemente perdido. Para evitarlo hasta donde alcanzaran sus fuerzas, se reunieron unos cuantos obreros, acudiendo al conocido remedio de la cooperacion: comenzó la Sociedad por emitir acciones de diez reales hasta reunir cincuenta duros, y con ellos empezó á hacer préstamos de 15 á 20 pesetas bajo la garantía solidaria de la palabra de honor de unos cuantos compañeros. Estas cantidades se devuelven á razon de una peseta por semana, medio el más adecuado á la situacion de los trabajadores; de este modo con un pequeño interés, que se añade al último plazo, con un poco de constancia, sin ningun

esfuerzo violento salda el obrero su deuda. Ya comprendereis que con semejantes medios no serán grandes los adelantos que haya hecho el Banco, si así quereis llamarle; pero cuenta con un capital de 1.250 pesetas entre créditos y efectivo, y hace unos doscientos préstamos por año. Figuraos las lágrimas que enjagan esos doscientos préstamos, las víctimas que arrancan á la rapacidad de la usura. Pues aún he de decir, que lo mismo las sociedades de socorros mútuos que las cooperativas de consumo, especialmente las establecidas en el campo, para no tener su capital ocioso, propenden á convertirse en asociaciones de crédito, haciendo á sus sócios los anticipos necesarios para comprar abonos ó semillas. No se me oculta la distancia que media entre estas imperfectas tentativas y las instituciones de Schultze Delisle; convengo en que son todavía ensayos informes, el caos, si quereis; pero caos fecundo; vosotros habeis pronunciado el *fiat lux* y la luz se hará; una iniciativa discreta convertirá el caos en una creacion ordenada.

Vuestras soluciones relativas al crédito se refieren, no sólo al personal obrero, sino tambien al crédito agrícola, al del labrador, cuyos ganados y aperos ofrecen ya una garantía real; y para atender á estas necesidades habeis propuesto la fundacion de instituciones que, aprovechando los restos de los antiguos pósitos, los utilicen, trasformándolos con arreglo á lo que exigen las actuales condiciones económicas. Para no dejar en este punto nada olvidado, pensásteis tambien en el propietario en pequeño, á quien el rigor de las circunstancias cierra las puertas del crédito. La ley hipotecaria se propuso hace veinte años facilitar, liquidando la propiedad en el registro, para dar sólida garantía al crédito territorial; pero la ley hipotecaria, subordinada á las exigencias del fisco, ha resultado embarazosa y cara; en vez de acercar la propiedad al registro, la ha alejado de él, y el crédito territorial es hoy tan imposible como en 1863. Vuestras conclusiones toman por punto de partida el catastro, porque comprendéis que únicamente sobre esta base puede llegarse, como en algun Estado de América, á la cédula parcelaria que conteniendo el plano del inmueble y su clara titulacion, permita las transmisiones por endoso, y se llegue por este camino á lo que con razon llamabais la circulacion ó movilizacion de los valores adheridos á la tierra.

Y llego con esto á la última de las proposiciones que habeis discutido, á la que se refiere al trabajo de los niños y de las mujeres en las fábricas, y al máximo de horas de trabajo.

Dibujáronse en ella desde el primer momento los diferentes criterios de cada escuela, y las dudas del alcance que tenia la proposicion, dieron causa al largo debate que hoy habeis terminado; pero puestas en claro estas dudas, oidas todas las opiniones, convencidos de que la ley de 24 de Julio de 1873 no ataca la libertad del trabajador ni la del fabricante, cuando ampara y defiende el derecho del niño, habeis pedido los reglamentos é instrucciones necesarios para su ejecucion, ya que no ha llegado á aplicarse en la práctica; á la vez que declarábais la conveniencia de ampliar los preceptos legales á la reglamentacion del trabajo de las mujeres. No nos aventuramos en este punto por caminos desconocidos, seguimos el sendero trillado por los pueblos más libres de Europa: nuestra ley, decia en su elegante discurso mi querido compañero en la enseñanza, el Sr. Gomez, con quien tengo tambien la honra de repartir en este Congreso la representacion de la universidad literaria; nuestra ley se apoya en los principios de la de Dinamarca; y sus reglas han sido aceptadas por la independiente raza anglosajona en el acta de 1874, por el Luxemburgo en 1876, y por Suiza en 1877.

Pero la ley es incompleta en cuanto al trabajo de la mujer, y urge desenvolverla en esta parte, porque entre nosotros el atraso relativo de la industria deja en manos de las mujeres mecanismos demasiado pesados para sus débiles fuerzas, cuyo manejo continuo puede alterar su salud. El Sr. Gomez decia con su especial competencia en este asunto, que la mujer desarro-

lla ménos unidades de calórico que el hombre, y puesto que el calor es fuerza, bien se comprende que no es capaz de emplearse en los mismos trabajos que el hombre. Mas ¿cómo traducir en forma práctica este principio? Hoy lo habeis dicho en la proposicion que hemos aprobado todos: los Jurados mixtos reconocidos en la ley de 1873, (y ya veis, como es legal y posible la existencia de los Jurados mixtos); los Jurados, entre los cuales tienen la debida representacion personas competentes en las ciencias médicas, determinarán los trabajos que la mujer puede soportar y aquellos de que ha de abstenerse.

La mujer necesita acudir á la fábrica para llevar á la familia la ayuda de su salario; pero su mision principal está al lado del hogar; y para que concilien en lo posible aquella necesidad y esta mision, habeis declarado la conveniencia de que las mujeres abandonen el taller una hora antes que los hombres.

En cuanto á la última parte de la conclusion, al máximo de horas de trabajo, habeis hecho bien. Para aceptar el máximo legal de Francia, las doce horas, no habia para qué pedir ni discutir nada. La ley de Suiza, que rebajó á once la jornada máxima de trabajo, no se observa, continuando las doce horas como antes de la ley. En los Estados-Unidos, á pesar de la famosa campaña de las ocho horas, á pesar de la ley que admitió esta jornada para las industrias del Estado, el precepto no se observa, porque el Tribunal Supremo, usando de las atribuciones que tiene en aquel país, declaró que la ley es inconstitucional.

Realmente las horas de trabajo propenden á bajar por las mismas causas que el salario tiende á subir, y de esta baja serán los Jurados mixtos un instrumento más flexible y mejor que la ley.

Inspirádoos en estas ideas, habeis formulado una conclusion que respeta la libertad de todos, del trabajador y del empresario, para fijar por convenio las horas de trabajo; pero cuando no las han señalado las partes contratantes, la ley entiende convenida la jornada de diez horas. No ha de hacer el Estado en este punto, en cuanto al contrato de servicios ni más ni ménos que lo que hace en todos los contratos, definir sus condiciones naturales en defecto de declaracion expresa de los interesados. Otro tanto sucede con vuestro acuerdo sobre la retribucion de las horas extraordinarias: el trabajador y el patrono pueden pactarla libremente; pero si nada pactan, se entenderá que la retribucion es doble de la que se paga por las horas ordinarias: la ley sólo obra en defecto de contrato: pactos rompen leyes. Vuestra conclusion será ménos autoritaria que la de Suiza y la de los Estados-Unidos, pero es más práctica y útil al obrero.

No entro á analizar las proposiciones que se han votado por aclamacion, y limitaré á apuntar su trascendencia. La relativa á la higiene de los talleres es de aplicacion urgentísima; nos encontramos en la transicion del antiguo al nuevo modo de ser de la industria; y aún cuando por lo general las fábricas construidas de nuevo no adolecen de graves defectos, quedan muchas de las antiguas, de pésimas condiciones higiénicas. Hay que atender al desarrollo físico de los trabajadores sin descuidar su desarrollo moral; y en este orden, en la higiene de los talleres, en las industrias peligrosas ó insalubres, hay mucho camino que andar, y todo se propone recorrerlo la proposicion del Sr. Gomez que habeis aprobado por aclamacion.

Igualmente por aclamacion habeis admitido la conclusion de mi jóven amigo D. Juan Bautista Robert sobre la participacion de beneficios, que en mi sentir es acaso la más importante de cuantas ha votado el Congreso. En la Exposicion de París de 1867 se dió el ejemplo de establecer un grupo, el décimo, para exponer las instituciones que se relacionan con la condicion de los trabajadores, y en las Memorias de este grupo apareció la primera vez como un hecho el régimen de participacion del obrero en los beneficios de la empresa por consecuencia de contratos voluntarios; y tal importancia concedió á este régimen el Secretario de la comision encargada del grupo, Mr. Carlos Robert, que al

publicar el folleto en que se proponía exponerlo, lo tituló: *Supresión de las huelgas, solución del problema social por la participación en los beneficios*. Y la tiene realmente: donde este sistema se ha planteado, no se conocen las huelgas, porque no existe oposición entre los intereses del capital y los del trabajo: mediante el régimen de participación, el obrero percibe un salario fijo que basta á satisfacer sus necesidades diarias, y en la parte que le corresponda en la liquidación de las ganancias á fin de año, encuentra los recursos del ahorro, la garantía de su porvenir. Sus intereses son los intereses de la empresa; trabaja, atiende á todos los pormenores en su esfera de acción con igual celo, esmero que el fabricante, quien halla compensación á sus sacrificios en el aumento de productos y ahorro de gastos que debe á la mayor eficacia del trabajo; y de este modo se acaban de una vez para siempre la contrariedad de aspiraciones, los recelos de clase, é identificados en un mismo fin, en un deseo común los fabricantes y trabajadores, nada puede romper la armonía establecida entre el capital y el trabajo.

El sistema es usual y corriente en la industria en grande; y como la industria en grande se extiende más cada día y se considera ya como la forma necesaria del trabajo, en todo trabajo en el porvenir, la participación de beneficios resuelve por completo la cuestión social en las manufacturas. La resuelve también en el cultivo en grande, en el cultivo de los grandes patrimonios, de los *Latifundia*, como se decía en Roma y ya empieza á decirse en castellano. Y no se diga que este sistema no es práctico, ni está ensayado en la agricultura. Ya Guyot, el gran cultivador de la vid, lo proponía y aplicaba; pero sin acudir á ejemplos extraños, la participación de beneficios se viene practicando entre en nosotros en la provincia de Murcia, en Cieza, con el nombre de cultivo á *piojar*, es decir, á *pegujar*, á peculio. Allí el trabajador permanente en la casa del labrador, el mozo de mulas, percibe además de su salario fijo una parte proporcional de la cosecha. El sistema es pues posible, práctico, viene aplicándose por espacio de siglos, porque su nombre, que pertenece al antiguo romance castellano, dá á entender que nació en la Edad Media, tal vez cuando Cieza se constituía como villa foral. La participación de beneficios resuelve, pues, también la cuestión en los campos, en las grandes propiedades donde se creía más difícil, y tén-gase en cuenta que pronto ó tarde la agricultura como la industria ha de propender á reconstituirse en grande escala, en vastas explotaciones, si no ha de retroceder, si no ha de renunciar al cultivo intenso, á los abonos costosos, á la aplicación del vapor y de las grandes máquinas, en una palabra, al progreso económico.

Voy, señores, á concluir, una vez terminado el breve, insuficiente y descolorido resumen de los trabajos del Congreso.

Vuestra obra ha sido digna y será provechosa por lo que sois y por lo que significais, porque habeis reunido todos los elementos sociales, todas las fuerzas vivas del país, la inteligencia, el capital, el trabajo y los habeis reunido en una misma idea, en un sólo sentimiento, en amor al bien. La vida es lucha, dice Darwin; la vida es milicia, si preferís la frase de San Pablo, luchas y combates inevitables si la humanidad no ha de retroceder, chas y combates que siendo condiciones necesarias del progreso humano, dejan tras sí un doloroso rastro de miserias y de males. Para mitigarlos, para remediarlos no hay otro estímulo ni otra fuerza más eficaz que el amor al bien, ¿por qué no decirlo? que la Caridad. La Caridad, decía mi respetable amigo y compañero Sr. Cepeda, aunque engendra las instituciones de beneficencia, no es la beneficencia pública ni privada que presta sus socorros friamente, por oficio; es el vínculo de unión que liga á la humanidad entera; es el amor del hombre con el hombre; y lo es, en efecto, en el seno de Dios, en el seno del Ideal, en el seno de la Verdad, del Bien y de la Justicia.

Por eso vuestra obra será fecunda, porque

os habeis reunido aquí en el amor de la Verdad, del Bien y de la Justicia, porque arde en vuestros corazones la llama sagrada de ese amor.

Se ha dicho muchas veces que no se enciende una luz en la inteligencia sin que irradie su fuego al corazón y yo creo también que cuando arde la llama del amor, el fuego de la claridad en el corazón, brilla con todos sus resplandores la luz del deber en la conciencia. Cumpla cada cual con su deber, como hombre y como clase, y juntos todos en la idea y en el amor del Bien, confiemos en que Dios fecundizará nuestras obras. Hay en la Historia una ley de responsabilidad para las clases y los pueblos, como la hay en la Moral para los individuos: la clase ó pueblo que se abandona á la inercia, á la atonía; que se desliza por la pendiente del mal, recibe el merecido castigo en su inmediata decadencia; crece por el contrario, hasta el florecimiento, se desarrolla y prospera el pueblo ó la clase que cumple dignamente su deber, su misión en el mundo. Y no creais que esta debida recompensa de prosperidad se realiza tardíamente: suele manifestarse en periodos bastante breves para que los alcance la vida del individuo. ¿Quién presentaría en la Prusia que el Barón de Stein recogía despedazada en los campos de Jena, la Prusia del Príncipe de Bismarck? ¿Quién presentaría en la Italia de Navarra y de Carlos Alberto, la Italia de Cavour, de Víctor Manuel y de Humberto I? Y para no buscar más ejemplos extraños, teniéndolos domésticos, ¿quién presentaría en la España de Enrique IV, la España de los Reyes Católicos?

Confiemos y esperemos: cumpla cada cual con su deber como clase y como hombre; y penetrados de las leyes providenciales que gobiernan el mundo social, confiemos y esperemos en el porvenir de nuestra hermosa infortunada España.

UN POETA CUBANO

DON RAFAEL MARIA DE MENDIVE

I

La poesía cubana es, desde hace muchos años, conocida y apreciada por cuantos tienen amor á las letras y conocen el habla hermosa de Cervantes; pero fuera de Cuba, en Europa sobre todo, la generalidad considera como sus solos representantes á Heredia, Plácido y la Avellaneda. Por circunstancias especiales, el público español en particular, no conoce más que esos nombres famosos. Las relaciones de Heredia con los poetas españoles de su época, el fin trágico de Plácido, la larga permanencia de la Avellaneda en la Península, de donde no pocos la creían oriunda; todos estos hechos casuales y secundarios, han contribuido tanto, quizás, como el mérito de sus obras á popularizarlos de este lado del Atlántico.

El vulgo, no escuchando más ecos que los de sus cantos, ni otros sonidos que los de sus arpas melodiosas, los toma por los únicos poetas cubanos. De semejante error sólo se preservan los espíritus cultivados, las inteligencias delicadas que siguen con avidez las manifestaciones múltiples del entendimiento humano. El número de estos curiosos, que salvan las montañas y atraviesan los mares para recoger por todos los ámbitos del planeta la flor olorosa del pensamiento, es, por desgracia, bastante limitado. Quizás por esta razón cause no poca sorpresa, oírnos afirmar que existe una poesía cubana original, levantada, vigorosa y entusiasta, cuya representación llevan vates inspirados que han bebido en fuentes muy distintas de las que brindaron sus magníficas aguas á los sublimes autores del canto *Al Niágara*, el romance *Jicotal* y el drama *Alfonso Munio*.

Borrero Hechavarría, Tejera, Varela Zequeira, Varona, los hermanos Sellen, Betancourt, Armas, Fornaris, Suzarte, las Sras. Perez de Zambrana y Pierra de Póo, las Srtas. Matamoros y Aurelia del Castillo... todos estos afortunados hijos de Apolo, que en la actualidad pulsán el plectro sonoro, tienen, sí, derecho indiscutible á ser considerados—por la elevación de las ideas y la riqueza del número—como descendientes de los creadores de la poesía cubana; pero, á la par—por la novedad de sus pensamientos y su forma peculiar de expresión—pueden reivindicar la gloria de fundadores de un nuevo Parnaso antillano.

De todos ellos, si las circunstancias lo permiten, nos iremos ocupando en breve; más antes de

llegar á los mantenedores del novísimo palenque y partiendo del supuesto de que son justamente estimados sus ilustres predecesores, hemos de consagrar hoy nuestra atención á la importancia individualidad que, á nuestro juicio, representa mejor la transición entre los dos grandes períodos de la poesía cubana.

II

Don Rafael María de Mendive pertenece á esa generación arrullada desde la cuna con los cantares de Byron, Víctor Hugo, Lamartine, Espronceda, Leopardi y Thomas Moore. Nació en la Habana en 1821. Creció, por tanto, y se desarrolló en pleno romanticismo. Se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que cuando enderezó sus primeros pasos por la senda literaria, sus propósitos se cifraban en seguir las huellas de aquellos eminentes varones.—Los años en que su corazón se formara y en que adquiriera madurez su inteligencia, no tienen igual en la historia de la literatura contemporánea. Era época aquella de triunfos prodigiosos y de tremendas derrotas; época de luchas titánicas, por consiguiente. Lo viejo, la tradición, pugnaba por mantenerse en las posiciones adquiridas: la novedad, el progreso, forcejeaba por escalar el Capitolio. Era imposible permanecer indiferente en la contienda. Precisaba obedecer las prescripciones de Boileau ó aceptar las reglas consignadas en el prefacio de *Cromwell*.

Por ambos lados se peleaba con ardimiento y la batalla, comenzada mucho antes de la Revolución de 1830; aunque decidida ya en favor de los innovadores, aún duraba cuando sobrevino la de 1848.—El pulcro Sainte Beuve, el picante Teófilo Gautier, el ático y ameno Alejandro Dumas,—actores y testigos de aquella famosa epopeya, han referido de admirable manera sus más brillantes episodios. De todas las narraciones de los contemporáneos se deduce que en aquellos tiempos todos los corazones amantes de las letras, rebosaban de un fortificante sentimiento: el entusiasmo.—Cuando triunfa Delavigne, ¡qué algazara se levanta entre los últimos clásicos! Cuando Hugo vence, imponiendo su *Marion Delorme* rehabilitada por el amor; cuando Dumas arranca el aplauso, clavando el adúltero puñal de Antony en el pecho de su encantadora cómplice; cuando las odas del dulce Lamartine corren de boca en boca y rueda de mano en mano, la prosa cincelada de Carlos Nodier—¡oh!—¡qué himnos de gozo y qué alegre y estruendoso clamoreo resuenan en el campo del romanticismo, que lleva por emblema el chaleco color de cereza y el pantalón verde de Gautier, y por escolta á la ardorosa legión de los *Jeunes France*!

D. Rafael María de Mendive, no hay para qué ocultarlo, no fué un activo combatiente en ese primer período de batallas, No; allá, en pleno mar Caribe, en el fondo del Golfo Mejicano, sólo llegaban los ecos apagados de la fragorosa refriega. Además, el régimen político-social que á la sazón imperaba en la patria del poeta, no era el más á propósito para alentar ningún género de innovaciones, y ya es sabido que el romanticismo llevaba en su seno gérmenes de revolución, no sólo bajo el punto de vista literario, sino también con referencia á la política.

Pero si el Sr. Mendive no fué un combatiente activo de la primera hora, no puede negarse que jamás religión nueva tuvo más fervoroso y apasionado prosélito.

Abierto sobre la mesa tenemos el tomo de sus poesías, recientemente impreso en la Habana. No hay más que recorrer sus páginas para convenirse de que nada exageramos al emitir la apreciación que precede. El Sr. Mendive, que es un correctísimo y elegante traductor, ha vertido al castellano no pocas composiciones de poetas extranjeros. ¿Cuáles son los preferidos?—Byron y Thomas Moore; Víctor Hugo y Leopardi. Los padres, los maestros del romanticismo. ¿No equivale esto á una *profesión de fé*?

Pero si no bastara, no hay más que examinar con detenimiento sus poesías originales. Las más celebradas, las que han merecido al mismo tiempo el aplauso de un crítico apegado á las antiguas formas, como el Sr. Cañete, las alabanzas de un analizador tan severo como el Sr. Martínez Villergas, y las felicitaciones de una eminencia de la talla de Longfellow; las que llevan por título, *A un arroyo*, *Desde Europa*, *la Gota de rocío*, *la Música de las palmas*, los versos sáficos *A Paulina*, ¿qué son, qué son sino composiciones románticas?

Y no podía suceder de otro modo. El Sr. Mendive empezó á escribir hacia 1840. El ciclo romántico estaba abierto. Era necesario entrar en él con resolución ó permanecer fuera en actitud hostil. Un jóven de veinte años, lleno de vida y ardiendo en fuego sacro, no había de asociarse á un cadáver. Su puesto estaba indicado entre los que predicaban el nuevo Evangelio y venían á rege-

nerar las anticuadas leyes por que aún se regia la República de las letras.

III

Un erudito escritor que ha puesto al frente de la obra del Sr. Mendive un estudio biográfico sobre el poeta, el Dr. D. Vidal Morales, cuenta cómo aquel, en sus juveniles años, apenas si osaba llevar á la imprenta sus producciones. Por otra parte, los directores de *Cuba poética*, recopilación que en 1861 publicaron los Sres. Fornaris, Luare y Socorro de Leon, dicen que hacia 1843, esto es, contando el Sr. Mendive unos veintidos años de edad, al publicarse sus primeras poesías, fueron saludadas con aplauso por los inteligentes. «Contribuyó á este buen éxito, escriben los literatos citados, más aún que las dotes del poeta, que indudablemente las tenía, la circunstancia importante á los ojos de los verdaderos apreciadores del mérito, de que Mendive entonaba sus cantos *haciéndose superior á la pernicioso influencia de aquella época.*»

Esto es, que el Sr. Mendive abandonaba el camino trillado por los deplorables imitadores de la vieja escuela, y se lanzaba, como hemos apuntado, resuelto y decidido, en pos del nuevo ideal.

Sus primeros versos vieron la luz en periódicos y revistas literarias. En 1847 los reunió en un volumen al que puso por título *Pasionarias*. Redactor, colaborador, director de casi todos los periódicos y revistas que en la Habana se consagraron desde aquella fecha á la propaganda de los estudios literarios, el Sr. Mendive contribuyó como pocos á la depuración del gusto, al despertar magnífico que tuvo la literatura cubana en los años que precedieron á la Revolución.

Sus viajes por la República norte-americana y por Europa, tuvieron innegable influencia en el desarrollo de su talento. Nótese, desde luego, clara línea divisoria entre las composiciones fechadas antes de su primera salida de Cuba y las que la siguen. En uno de estos viajes conoció en Madrid al Sr. Cañete, quien se complació en poner el prólogo á la edición que en la villa y corte hizo de sus versos el poeta habanero. Este valioso trabajo es de lo más sereno, imparcial, mesurado é incontrovertible que ha salido de la pluma del crítico académico.

Como no podía ménos de suceder, el Sr. Cañete lo primero que aplaude en el Sr. Mendive es el sentimiento. De la misma opinión participan cuantos de este poeta se han ocupado. El sentimiento, sí, esa es la nota dominante en el vate cubano. Canta, porque siente. Canta, porque se le ensancha el alma ante la sonrisa de hermosa mujer. Canta, porque el corazón se le enternece contemplando á su hija Paulina salvar los umbrales de la infancia y entrar en el dilatado campo de la primera juventud, donde la esperan las pasiones mundanales, tan terribles como inevitables. Canta, porque muere su Benjamina idolatrada, y sólo en las notas majestuosas de la *Invocación religiosa* encuentra consuelo su pecho herido. Canta *Desde Europa*, porque experimenta la nostalgia de la patria ausente. Canta *A un arroyo*, porque al volver en provecia edad á las márgenes donde cuando niño jugara, se conmueve recordando sus sueños desvanecidos, sus esperanzas disipadas, y destruida, al choque brutal de heladora realidad, su creencia en la imperecedera virtud del bien.—No canta más que porque siente.—Es el bardo del sentimiento.

Y esto no debe extrañar, teniendo en cuenta que el Sr. Mendive es, antes que todo, poeta lírico. No acostumbra á fijarse su imaginación en el hecho trágico, en el acontecimiento grave que afecta á la vida de la humanidad, en las proezas del capitán ilustre, en la oración grandilocuente del tribuno que levanta con su palabra al país en masa, en la ambición del monarca omnipotente ó en la hazaña del pueblo que, cansado de sufrir, se subleva con la tiranía. Para esto hay que escalar á las alturas turbulentas de la poesía épica; y la musa del Sr. Mendive, flor delicada, necesita vivir en lo más hondo del valle; en la tibia atmósfera en que crecen los puros afectos y las tiernas emociones.

¿Quiere esto decir que su lira no tenga la cuerda del entusiasmo cívico, que no broten de ella los acentos apasionados de un amante del progreso, de un servidor de la libertad? En modo alguno. Si sus versos nada nos digieran, los hechos de su vida bastarían para colocar á

«El hombre pensador y buen patriota» en el honroso lugar que le corresponde. Quien como el Sr. Mendive ha sacrificado á su país y á sus opiniones la paz del hogar, las comodidades de la existencia y los favores de la fortuna, para devorar lejos de los lares patrios el pan siempre amargo del destierro, no necesita probar de otro modo que con sus propios hechos su amor á la

patria, su culto por la libertad. Pero es indudable que la observación se ha formulado; se ha dicho que la lira del vate habanero no tenía cuerdas capaces de los enérgicos acentos, los tonos ardientes y las vengadoras imprecaciones. Error grande, que sólo se explica en los que no podían tener en cuenta las condiciones particulares en que el poeta se movía.

Ya hemos indicado que Cuba, en los años en que con más fervor se consagraba á las letras el Sr. Mendive, estaba sujeta á férreo yugo. Gobernabanla soldados de fortuna, por lo general suspicaces é incultos; y como incultos y suspicaces, enemigos declarados de todas las grandiosas manifestaciones del entendimiento. Vivíase en constante zozobra. Los buenos versos no se componen jamás para aplaudir á los gobiernos malos. Así es, que en tiempos de tiranía el buen poeta está siempre en la oposición. Si el Sr. Mendive se hubiera inclinado á echar en olvido esta verdad, que la experiencia de los siglos ha confirmado, la realidad le habría hecho volver de su distracción. El gran Heredia moría por entonces en el destierro, para no vivir entre esclavos y tiranos. El inmortal Plácido marchaba al suplicio con cristiana resignación, protestando de su inocencia. En el cadalso y el ostracismo parecía cuanto en la sociedad cubana ocupaba hueco importante ó conservaba noble altivez. En tal situación no cambian más que estas actitudes: la del rebelde que arroja el guante á la tiranía y arrostra el patíbulo ó marcha á extranjera playa para evitar á los suyos—como Hugo desde Jersey—ó la del espíritu pacífico que guarda silencio profundo sobre todo lo que no puede censurar sin peligro, ni elogiar sin baja; y que, tan alejado de la inútil imprudencia como de la vil lisonja, con solo callar manifiesta su digna desconformidad con lo existente.

IV

Esto último hacia el Sr. Mendive.

En la composición titulada *Mis versos*, que aparece dedicada al malogrado Zenea, el poeta se hace cargo de la censura que la imprevisión le dirige.—No canto á la patria, al heroísmo y á la libertad, porque no podría hacerlo libremente, dice el Sr. Mendive... Pero, ¿á qué traducir en pobre prosa lo que en hermosos versos decía el autor de los sáficos *A Paulina*, al cantor de *Fidelia*? Dejemos explicar al poeta mismo los motivos que le llevan á cantar de preferencia los asuntos tiernos y apacibles. Oigámosle:

«Antes que dar al mundo mi lamento
Cual pobre esclavo su doliente pena;
Antes que profanar el sentimiento
Cuando la patria no mentir me ordena;
Yo prefiero cantar del firmamento
En noche clara, espléndida y serena
El tibio resplandor de las estrellas
Y en horas tristes meditar con ellas.
Antes que humilde el pensamiento mío
Falaz prodigue hipócritas loores,
Que el pecho llenan de profundo hastio
Y escarnio son de siervos y opresores,
Cantar me place el pabellón sombrío
Del bosque hojoso y las silvestres flores,
Mientras que suave el céfiro suspira
Entre las cuerdas de mi dulce lira.

Fuera mi acento, pues que así lo anhela
El hombre pensador y buen patriota,
Como el grito que lanza cuando vuela
Sobre revueltos mares la gaviota;
Pero la mente con dolor recela
Que el llanto apague la vibrante nota,
Y el arpa entonces destemplada y mustia
Prorrumpa en ayes de profunda angustia!

Yo bien quisiera—pero el labio calla—
Poder cantar con cítara sonora,
Del rayo bramador que ráudo estalla
La ruda vibración conmovedora,
Y el ronco estruendo de campal batalla
Y del tiempo la marcha asoladora
Y el eterno gemir y el llanto eterno
Que á Italia el Dante le legó en su Infierno.

La Patria, la Mujer, la Poesía,
Los altos monumentos, la memoria
De esforzados varones que algún día
Serán del mundo admiración y gloria;
Senoros ecos de la lira mía
Oyeran en su honor, si la victoria
Que con mis versos alcanzar pudiera
Fuente de amargas lágrimas no fuera...!

Por eso yo que un alma quiso el cielo
Darme sensible y de ilusiones llena,
Me oculto de las flores bajo el velo
Para gozar á solas con mi pena;
Y levantando con temor el vuelo
En noche clara, espléndida y serena
Hago vibrar las cuerdas de mi lira
«Bual ave errante que de amor suspira!

No se puede explicar con mayor nobleza ni más sencilla elevación la reserva del poeta. Sin embargo, ¿es cierto que su lira no haya dado muestras de su vigoroso patriotismo, de su profundo culto á la libertad...? ¿Acaso no es la oda *A Italia* un himno soberbio al triunfo de los grandes ideales que se sintetizan en la unidad italiana?... Y la oda *A Juárez*, ¿no constituye el panegírico del carácter viril que asegura la independencia patria, expulsando de su suelo profanado al extranjero intruso?... Pero hay más. ¿No son del mismo poeta los versos titulados *Los Dormidos*, que vieron la luz hace algunos años en periódicos norte americanos? El Sr. Mendive, por razones de delicadeza que apreciamos, ha introducido en esa composición modificaciones que la desfiguraron notablemente; pero para todo el que la conozca en su forma primitiva, ¿no resulta esa poesía un modelo de energía, de prevision patriótica y de robustez de aliento?—Antes de ahora lo hemos dicho: de todos los males públicos son en buena medida responsables, no sólo los que en su producción toman parte activa, sino también los que con su indiferencia les permiten adquirir incremento. A estos indiferentes era á los que flagelaba el señor Mendive con un brío y una indignada ironía, que recuerdan involuntariamente ciertos estrofos de *Les Châtiments*. Sentimos que las razones mismas que han obligado al Sr. Mendive á modificar esta poesía, nos impidan transcribirla. Darla á conocer como ahora se publica, no viene al caso. Insertarla como vio la luz, sería contrariar el propósito que dictara á su autor una modificación que somos los primeros en comprender, pero que sinceramente deploramos, pues despoja á una preciosa poesía de sus mejores galas literarias y del valioso carácter histórico que revistiera.

V

Lo que precede no impide que la nota principal del Sr. Mendive sea la tierna y apacible. Sus mejores cantos pertenecen al género en que ha brillado de envidiable manera Fray Luis de Leon. Ya hemos citado el título de las más aplaudidas, y el espacio nos falta para transcribirlas todas. No obstante, no podemos resistir al deseo de copiar algunos que otros trozos. La poesía *A un arroyo*, de un perfecto lirismo, es de lo mejor que ha brotado de su alma inspirada. No basta ser buen versificador, es necesario sentir como poeta verdadero, para escribir estrofos como éstos:

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,
Con expresión sencilla
Rizando en tu camino
La verde alfombra de flotante lino,
Que blando crece en tu espumosa orilla!

Hijo tal vez de agreste peña dura,
Tu manantial de plata
Por la inmensa llanura
Como una cinta blanca se dilata,
Teñida de riquísima verdura;

Y ageno de ansiedad y de pesares
Por selvas y palmares,
Sin suspirar congojas
Tranquilo vas al seno de los mares,
Cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño también me deslicé inocente
Con paso indiferente
Sin soñar en amores
Tras el vivo maliz de hermosas flores
Y el limpió cristal de mansa fuente.

Y libre como garza voladora,
Con infantil decoro
Y gracia encantadora
Besando fui tus arenillas de oro
Al tibio rayo de la blanca aurora.

Mas de entonces ahora... ¡cuántos daños
Han causado á mi vida
Los tristes desengaños...!
¡Una tras otra la ilusión perdida,
Bajo el peso terrible de los años...!

Yo soy aquel infante candoroso
De las gudejas blondas
Y mirar cariñoso
Que tantas veces se agitó en tus ondas
Como entre flores el *sunsún* (1) hermoso:

(1) Pajarillo de Cuba.

Yo soy el mismo; pero el alma mía
Tristemente ha perdido
Su inefable alegría,
Y en vano busca en su corriente fría
La imagen bella de su abril florido.

Sigamos ¡ay! sigamos la jornada,
Llorando yo mis penas
Con alma resignada
Y tú besando el manto de azucenas
Que se mece en tu margen sosegada.

Tal vez mañana triste y abatido
Por los placeres vanos,
Aquí vendré perdido,
De horrible tedio el corazón herido
Mustia la frente y los cabellos canos:

Y sentado en tu orilla fresca y grata,
Con íntima alegría
Veré cual se retrata
Sobre tus ondas de color de plata
La imagen ¡ay! de mi vejez sombría...

Prosigue, pues, arroyo, tu carrera,
Mientras voy aspirando
De hermosa primavera
El celestial aroma en tu ribera,
Tus ondas con mis lágrimas mezclando:

Que iguales en la vida y en la suerte
Uno será el destino
Inexorable y fuerte
Que a los dos nos sorprenda en el camino
Y nos lleve al abismo de la muerte.

¿Qué decir de la composición titulada *Desde Europa*? El poeta escribe lejos del hogar patrio. El lujo, la pompa y el esplendor de las grandes capitales del viejo continente causan su admiración—no hay que dudarle;—pero, ¿cómo olvidar el suelo natal?—Bien al contrario. La misma brillante civilización que le rodea, trae á su memoria los objetos de sus primeras admiraciones, por eso escribe *Desde Europa* al amigo ausente:

Mis ojos ven la palma á cuya sombra
Soñando amores suspiré á la Luna,
La choza de mis padres y la cuna
Humilde en que nací,
Y allí mi alano fiel... mi viejo esclavo...
Mi blanca garza voladora, inquieta,
Y el arpa de oro que me dió un poeta
Amigo que perdí.
Escucho murmurar la misma fuente
En cuyas frescas y apacibles ondas
Mi cabeza infantil sus trenzas blondas
Felice contempló.
El cielo, el bosque, el ave que en la tarde
A mi ventana á suspirar venía,
La pobre flor que tanto me quería
Y tanto quise yo.

Si nos dejáramos guiar por nuestro deseo, no suspenderíamos la pluma sin haber copiado la mayor parte de las poesías originales que se encuentran en el tomo que hojeamos. Los bellos tercetos del *Lamento*, recuerdan por su textura y vigor el célebre

Ne más, no más callar; ya es imposible...
del clásico español. La *Gota de rocío* es de una delicadeza sin igual. La *invocación religiosa*, escrita, no hay modo de dudarle,

goteando el corazón amargo lloro,
contiene octavas que Espronceda no se hubiera resistido á firmar. *Yumuri* es un romance tan agradable como sentido.

VI

En estos últimos años, el Sr. Mendive ha intentado á veces tomar derroteros distintos de aquellos en que solía vagar con tanta fortuna como valentía. Franqueza obliga. Esas excursiones en campo extraño no han de dar, á nuestro humilde juicio, ningún nuevo brillo á la áurea corona que ya ciñe el poeta habanero. No sabemos si será fatal inclinación de nuestro espíritu, que cuando se aficiona á la especialidad del artista no gusta verle salir de ella, ó si en realidad no ha sido muy feliz el Sr. Mendive en sus *pequeños poemas*; pero es lo cierto que nos ha parecido muy inferior á sí mismo en las composiciones de la índole de las que Campoamor cultiva con sinigual donaire.

El talento, el génio, la inspiración del señor Mendive le llevan por otro camino. No tiene nada que imitar ni esperar de Campoamor. El ilustre cantor asturiano explota una mina relativamente pobre, y avaro de sus tesoros, ya ha agotado sus más preciosos filones. Apenas si quedan para su

particular provecho algunos que otros pedazos auríferos, que trabajosa y paulatinamente vá sometiendo á la acción creadora de su envidiable cincel.

Al llegar á este punto, si no nos faltaran espacio ni tiempo, nos ocuparíamos, cual la belleza del asunto lo requiere, del Sr. Mendive como traductor. Transcribiríamos algunas de sus *Melodías irlandesas* que han conservado en sonoros versos castellanos la frescura toda de que las impregnara la musa dulce de Thomas Moore; transcribiríamos *El Idilio* con que Víctor Hugo encabeza su *Torqueuada* y que es una perla extraviada en el cielo; transcribiríamos sonetos de Byron, de Leopardi... pero no queda hueco ni lugar para tanto y nos limitaremos á copiar la siguiente traducción que de una poesía del autor de *Childe Harold* hace el Sr. Mendive, y que se titula *Te vi llorar!*

¡Te vi llorar...! Tu lágrima, bien mío,
En tu pupila azul brillaba inquieta,
Como la blanca gota de rocío
Sobre el cáliz gentil de la violeta.
¡Te vi reír...! y del fecundo Mayo
Las rosas deshojadas por la brisa,
No pudieron copiar en su desmayo
La inefable expresión de tu sonrisa.
Así como las nubes en el cielo
Del sol reciben una luz tan bella,
Que ni la noche borra con su velo
Ni eclipsa con su luz la clara estrella,
Tu sonrisa trasmite la ventura
Al alma triste, y tu mirada incierta
Deja una dulce claridad tan pura
Que llega al corazón después de muerta.

Para formar juicio sobre el mérito del cantor cubano, basta, así lo esperamos, cuanto más arriba hemos apuntado. El lector benévolo que nos ha seguido en el ligero pero fiel análisis de su obra, puede pronunciar su juicio. El nuestro ya queda expuesto, si no brillantemente, por lo ménos pensamos que de manera razonada. El señor Mendive es todo un poeta, un poeta de gran talla. Dentro de su escuela, dadas sus condiciones particulares, su valer queda aquilatado entre el de los mejores. El ha sabido y sabe sentir y expresar. El ha sabido y sabe conmover. Lágrimas y sonrisas, carcajadas suaves y lamentos amargos, de todo hay en su lira. La angustia del patriota, la pena del desterrado, la esperanza del buen ciudadano, la alegría del padre tierno, todo esto ha tenido cabida en su pecho, y como su corazón era todo esto ha brotado al mundo externo en la brillante forma de acompañados cantos.

Todavía quedan, por suerte, al atleta, vigoroso empuje y aliento para la lucha; pero aunque cesara de cantar, su misión podría considerarse como cumplida. La literatura patria le debe días hermosos. Ahora toca á los que siguen sus huellas, á los que vienen en pos de sus pasos, entonar el himno de gloria en loor de la espléndida organización que ha cantado con las voces de un ángel, amado con la pureza del niño y sufrido las vicisitudes de la existencia y los embates de la loca fortuna, con la fortaleza de un estóico.

JUAN GUALBERTO GOMEZ

Madrid 14 de Setiembre de 1884.

LA INSTRUCCION POPULAR

I

La ignorancia de esas grandes masas que constituyen el nervio de nuestras poblaciones, há tiempo que preocupa la atención general y sirve de tema á la meditación de hombres notables, que en distintas ocasiones han puesto de manifiesto los graves inconvenientes y profundas trascendencias que un mal tan arraigado pudiera ocasionar.

La historia y la experiencia nos enseñan repetidamente con antiguos y nuevos ejemplos, el desastroso imperio que ha ejercido en los pueblos.

La *ignorancia*, dice Franklin, es *prima hermana del delito*, y la experiencia nos enseña que las mayores atrocidades y los crímenes más horrendos se perpetran casi siempre por hombres sin instrucción: las estadísticas penales de todos los tiempos y de todas las naciones confirman esta verdad.

Ninguna nación ha dado al olvido lección semejante, y por distintos medios todas han logrado llevar al seno de las clases populares la instrucción. Solo España no lo ha conseguido, no tanto por la falta de buena voluntad, cuanto porque la resolución de problemas, al pare-

cer más importantes, ha robado á nuestros hombres de gobierno el tiempo necesario para ocuparse de este asunto.

Del mismo modo que la agricultura es raudal inagotable de riqueza pública; la industria, trasformando de mil modos los productos naturales, concede y modifica los recursos necesarios para vivir cómodamente defendidos de las influencias de extrañas causas; la sábia administración es delicada balanza que equilibra con exactitud y esmero los medios con las necesidades sociales, y atenúa las cargas públicas regularizando además la marcha de las naciones; igualmente toda máquina necesita un regulador, y cualquier sistema de fuerzas há menester determinadas relaciones de posición para producir efecto no contrario al que le está pre-fijado de antemano.

El regulador social, el lazo que estrecha las fuerzas vitales y las armoniza, que no se opone al predominio de ninguna, que aleja y mata la rutina en la agricultura, la ignorancia en la industria, y toda aspiración inmoderada é injusta en la gestión administrativa, es el grado de cultura de los pueblos.

Ningun ramo social prospera en pueblos incultos y atrasados; todo aparece esplendoroso y risueño cuando la instrucción se divulga, y los individuos dejan de ser ciegos autómatas.

La instrucción es la antorcha que alumbrá á la humanidad, es la esplendorosa estrella que la guía por los ásperos y difíciles senderos de la vida. Asombra verdaderamente pensar lo que el hombre ha llegado á saber desde los primeros tiempos hasta la civilización actual. No siendo ménos digno de admirar lo que ha hecho en las ciencias y en las artes. Púedese muy bien asegurar, sin temor de equivocarse, que ha dado pasos de gigante, y en todas sus obras ha demostrado que existe en su sér algo divino, algun destello de la suprema inteligencia.

Hoy que el sol de la civilización esparce sus vivisimos resplandores, desvaneciendo las sombras de la ignorancia; hoy que toman tan alto vuelo las ideas; hoy que tan conocida es por todos la influencia de la instrucción, porque proporciona el bienestar y el engrandecimiento de las naciones, es el momento oportuno de formar una inmensa cruzada contra la ignorancia, poniendo cada uno cuanto esté de su parte para exterminar esa gran plaga social.

Nada, por otra parte, más provechoso para nuestro pueblo que la instrucción, porque, elevando su inteligencia, le armaría contra las pasiones corruptoras que usurpan el nombre de nobles y elevados sentimientos.

El carácter de la instrucción popular debe ser siempre uno mismo, si se funda en los principios inmutables de la razón y de la filosofía; sus límites pueden variar según el estado de civilización de los pueblos.

Los antiguos, en su origen, apenas daban á sus hijos otra enseñanza que la de la religión y la de la familia.

Egipto, Persia, Grecia y Roma, comprueban nuestro aserto. El temor de los dioses, el amor á la patria y el desprecio de los demás pueblos, eran los principios en que se basaba su educación.

En los primeros tiempos de Grecia y Roma, el Eurotas y el Tiber vieron educar en común á los jóvenes que nacían en sus orillas. Pero esta educación, que sólo conviene á un pueblo naciente ó de escasa población, cesó con el engrandecimiento de otros pueblos. Así, ya en tiempos de la monarquía, comenzó Roma á poseer escuelas.

Con la corrupción de los pueblos antiguos y con la pérdida de sus libertades, coincidió el establecimiento de las escuelas filosóficas de Atenas, Antioquía y Alejandría, como si los pueblos por instinto buscaran el remedio del vicio en la cultura del espíritu. Por otra parte, el cristianismo, que salvó las reliquias de la antigua civilización, conservando las lenguas, se introdujo con el estudio del derecho romano en las escuelas filosóficas.

Cuando el Imperio romano sucumbió, apoderóse el cristianismo de la educación de los bárbaros, cambiando así la faz de la sociedad. La nueva religión, por más que pese á los que

quieren hacer de ella un arma para imponernos el error y la ignorancia, dió dignidad al esclavo; igualó moralmente al pobre con el rico; hizo de todos los hombres una sola familia; de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y como si esto no bastara, quiso que esta obra de la libertad se completara abriendo las universidades á la ciencia y á la filosofía, y en ellas se encerró toda la instrucción pública.

Dividióse entonces en dos partes la educación de los antiguos: la cultura del espíritu en las clases medias, y la de la fuerza física y de las armas en las altas clases sociales.

Pero con la caída del Imperio griego de Oriente renacieron las letras y las artes, y la reforma protestante y el descubrimiento de la imprenta aceleraron este movimiento civilizatorio. Con la invención de la pólvora alteróse también la educación de los nobles, y comenzó la instrucción tal como la entendemos los modernos.

Vémos, pues, que la instrucción sigue las alternativas sociales de los siglos, y se modifica con las costumbres y las formas de gobierno; pero este paralelismo nos indica igualmente el gran influjo que ejerce y la necesidad que existe de darle una acertada dirección.

Los hombres más eminentes de todas las naciones están conformes en que la instrucción debe ser general. Esta generalidad es una de las primeras propiedades que deben caracterizarla. Sabemos bien que los que anhelan un pasado imposible y se recelan del porvenir, miran con espanto el espectáculo de un pueblo que, por lo ménos, conoce los elementos de la lectura y escritura y algunas ligeras nociones de ciencias y artes; pero el ejemplo de las naciones que marchan á la cabeza de la civilización debiera tranquilizarlos. Por otra parte, no siendo suficiente odiar la instrucción para aniquilarla, es imposible establecer la igualdad de ignorancia, en cuyo caso, todos los esfuerzos deben tender á conseguir la igualdad de instrucción. Puesto que generalizarla es un deber y hasta una condición necesaria de existencia en toda sociedad, es fácil inferir que hacerla popular y práctica, son cualidades esenciales que deben sobresalir en su carácter.

La instrucción debe ser popular, esto es, comun, vulgar, al alcance de todas las fortunas é inteligencias; también ha de ser práctica, con objeto de dirigir al hombre en las cosas más comunes y diarias de la vida.

El día en que el pueblo sea instruido, tendrá conciencia de su valor moral; sus costumbres variarán de un modo favorable; su moralidad estará en relación directa con el desarrollo de su inteligencia, y sobreponiéndose las necesidades del espíritu á las de la materia, sus aspiraciones serán más elevadas, y sus miras tendrán un objeto digno, cual es el de mejorarse para perfeccionarse.

Sin instrucción no puede existir libertad ni civilización; y como para poder adquirir el hombre el mayor ó menor grado de esa misma instrucción, le es de todo punto indispensable conocer los rudimentos, los medios con que se expresa la ciencia, de aquí la necesidad de propagar y hacer obligatoria la instrucción primaria.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON

DISCURSO

Pronunciado en el Congreso de los Diputados de España (sesión del 29 de Junio de 1884) por D. Rafael María de Labra, Diputado á Cortes por Sabana-Grande (Puerto-Rico) y Santa Clara (Cuba).

(Continuación)

Las cuestiones económicas

No, la cuestión que se nos presenta no es una cuestión económica. Yo creo que los señores que han tomado parte en el debate hasta ahora, han confundido la cuestión política con la cuestión de partido, y creyendo que ambas eran absolutamente una misma cosa, han dicho de la una lo que de la otra era necesario decir. Y es verdad, esta no es cuestión de partido; si en lugar de discutir aquí ideas, soluciones en sus términos generales, viniéramos á discutir lo que cada uno de los partidos ultramarinos ha hecho, lo que ha realizado el partido fusionista y lo que ha dejado de hacer el partido conservador, el debate estaría muy por bajo de lo que la realidad de las cosas exige.

Por esto yo lamentaba el tono que tomó el debate en el día de ayer, en que degeneraba, no ya en una cuestión política, sino en una cuestión de partido, en la cual eran posibles las protestas del Sr. Santos Guzman, justamente excitado frente al tono severo del señor Villanueva y al tono eminentemente político del Sr. Rodríguez San Pedro. No he de contribuir yo á ello; si alguien pudiera creer que estas luchas, que estas divisiones me traen á mí alguna ventaja, se engaña por completo; á mí no me aprovecha ninguna de estas contrariedades, y siento que á los comienzos se haya afirmado. Pero que es cuestión política, ya lo ha demostrado el Sr. Rodríguez San Pedro, quien, con gran sagacidad y con aquel sentido que dá el comercio constante de las ideas y del derecho político, pretendía que aquí todos debíamos reanunciar á las reformas políticas; asegurando de paso que eso estaba en el sentido propio y particular de la doctrina conservadora sustentada por S. S. De manera que el Sr. Rodríguez San Pedro realizaba algo del *Juro, juro pater, numquam componere versus*, puesto que hacía política al mismo tiempo que decía que la cuestión no debía tener tal carácter.

Al fin y al cabo, ¿cómo se puede olvidar que de lo que se trata aquí es de los sacrificios del Estado, de los apuros del Estado, de los compromisos todos de la sociedad, que vamos á reformar por medio de leyes que tienen una trascendencia económica y esencialmente política? ¿Puede ya en los tiempos en que vivimos, en la agonía del siglo XIX, puede pensarse como se pensaba en el siglo XVIII respecto de las reformas puramente económicas? El fracaso de los economistas del tiempo de Luis XVI y el del imperio napoleónico, queriendo administrar á todo trance y gobernar de todas maneras, pero sin que se hablase de libertad ni de derechos, ¿no son verdaderas pruebas en el terreno de la historia y de la ciencia política respecto de la íntima relación que tienen todos aquellos problemas acerca de los cuales se dá la palabra principalmente al Estado?

Todavía sería posible comprender este empeño de achicar la cuestión, si se tratara de un problema de gran espera ó de una reforma de detalle, cuyo alcance sólo afectara á un círculo determinado. Es innecesario decir que todo lo contrario sucede en Cuba. Pero además, ¿no recordais el carácter evidentemente político que revisió no hace mucho una cuestión tan particular al parecer, tan concreta y especialísima como la cuestión de los tratados de comercio con Francia é Inglaterra? Porque aun dado caso que el negocio por su propia naturaleza no fuera político, y el de los tratados evidentemente no lo era, las circunstancias le habrían de dar este carácter, y un hombre político no puede prescindir en absoluto de las circunstancias.

Variación de sistema.—Solución de sacrificio

Insisto, pues, en que dada la situación general de Cuba, lo interesados que están todos sus órganos, todas sus entrañas en la terrible enfermedad que la tiene postrada, es ocioso pensar en remedios locales; hay que ir al sistema, y por tanto, hay que tomar la cuestión en toda su generalidad y su tendencia. Dejemos á un lado las intransigencias y los intereses de partido. No es la hora de las liquidaciones; es el momento de los remedios heroicos. Yo no tengo que discutir ahora cómo y por qué los demás se han equivocado. Me importa precisar el mal y decir, franca y honradamente mi solución de principios, mi solución de sistema, mi solución de sacrificios.

La representación liberal de Cuba

Y antes de pasar adelante he de dejar también despejado un punto planteado por la intervención del señor Balaguer. Su señoría, separándose de la conducta y de las frases del Sr. Santos Guzman, cuidó de advertir que las gestiones hechas y los pasos dados cerca del Gobierno, lo mismo que las afirmaciones contenidas en esa enmienda; eran afirmaciones y actos de los Diputados de Cuba. Yo necesito hacer en este punto una reserva, de la propia suerte que la hacía el señor Santos Guzman. Aquellos son los Sres. Diputados del partido de Union constitucional; los que aquí no sentamos representamos otro partido, no ménos respetable que el anterior y no ménos digno de ser tenido en cuenta para las soluciones que afecten á Cuba. Y nosotros ni hemos hecho las gestiones que sus señorías, ni tenemos el punto de vista exclusivo y parcial de la enmienda que se discute. A cada cual lo suyo, y cada uno en su puesto.

Todavía hizo S. S. otra observación; dando carácter al partido á que pertenece de Union constitucional de la grande Antilla, parecía como que lo recomendaba al Congreso en el concepto de cierta manifestación absoluta de la opinión del país cubano. Precisemos las cosas.

La Union Constitucional de Cuba

Aquel partido, señores, es un partido esencialmente conservador; no bastan las declaraciones que su señoría ha hecho de que en aquel partido se hallan algunas individualidades que pertenecen á diferentes matices políticos, no basta que en aquel partido haya esas individualidades que pueden proceder con mayor ó me-

nor lógica. A ese partido, como á todos, hay que juzgarlo por sus resoluciones, por su credo, por sus afirmaciones; no importa que un partido afirme que es, por ejemplo, radical, si las doctrinas que sostiene son conservadoras; como no importa que un partido que se llame conservador, quiera darse aires de tal, cuando no trae más que soluciones radicales.

En tal supuesto hay que mirar qué es lo que defiende ese partido de la Union constitucional. Sus soluciones son perfectamente claras.

La ley especial de imprenta del Sr. Cánovas, con sus delitos especiales y sus tribunales amovibles; el censo electoral alto, con un privilegio á favor de los empleados; los Gobiernos militares; la centralización administrativa; los alcaldes corregidores... Es decir, algo más, mucho más de lo que aquí practica el partido conservador. Por lo ménos, todo lo que constituye el credo conservador en todos los países del mundo.

Además, y para acentuar esta significación del partido de Union constitucional, frente á él tiene S. S. las soluciones del partido liberal cubano, que es un partido democrático y de soluciones locales autonomistas. Y á su lado, el partido liberal-progresista, que es un partido democrático, no autonomista; y el partido republicano, que es un partido democrático-republicano, de tendencias autonomistas, pero de ningún modo local, porque su pretensión es que las Antillas disfruten, lo mismo que todas y cada una de las provincias ó las regiones de la Península, de las libertades absolutas, del régimen republicano y de una radical descentralización administrativa y económica. De suerte que no basta no ser autonomista para pertenecer á la Union constitucional. Es indispensable sostener las soluciones conservadoras de ésta, con la cual tampoco están muchos otros liberales, que sin ser republicanos ni siquiera demócratas, y sin pertenecer á ninguno de los otros grupos de la localidad, aspiran á algo más en armonía con las exigencias expansivas de los tiempos.

Y todo esto resulta indiscutible por el hecho de que en esta Cámara misma figuran frente á sus señorías, representantes de la Union constitucional, los Diputados autonomistas que se sientan en estos bancos y los Diputados liberales progresistas, de los cuales el señor general Daban en la política general está con los fusionistas que dirige el Sr. Sazasta, y el Sr. Rosillo está en esa misma izquierda de que forma parte S. S.

Es indispensable que todos y cada uno nos demos exacta cuenta de la posición que tenemos y de lo que representamos, porque ya existen demasiadas sombras para que vengamos á aumentar la confusión de las cosas antillanas. Los partidos no son sólo lo que ellos se llaman ó quieren que sean algunas de sus individualidades. Para juzgar su doctrina y estimar su carácter, no hay más que sus programas oficiales, las declaraciones de sus directivas y los actos de sus representantes en Cortes. A ellos me atengo para afirmar que el partido Union constitucional de Cuba, es pura y simplemente un partido conservador.

El fondo del asunto

Vengamos ahora á la cuestión de Cuba, y sólo á ella, ya por su superior gravedad, ya porque me reservo tratar concretamente y en un debate especial de la situación de Puerto-Rico.

Gravedad del mal

¿Tendré, señores Diputados, necesidad de explicar toda la gravedad del mal que aqueja, que tiene postrada y en verdadero peligro de muerte á la grande Antilla? Parecíame que no. Entendía que el Sr. Villanueva lo había planteado con exactitud; las voces apasionadas, animosas, elocuentes del Sr. Guzman no me dejaban la menor duda; hasta me lo hacía suponer el texto mismo del discurso puesto en labios del Jefe del Estado al abrir las Cortes. Pero las últimas palabras del señor Ministro de Ultramar contestando al Sr. Villanueva, me han alarmado un tanto, porque me han hecho temer que en ese banco, ó más concretamente en el departamento dirigido por S. S., no se abarca toda la gravedad del conflicto, toda la trascendencia del peligro.

Porque ¡ah, Sr. Ministro! si la cuestión cubana se redujera pura y sencillamente á un déficit en el presupuesto, de solos dos millones; si los remedios se limitarían á lo que S. S. ha indicado vagamente, á economías de detalle y modestísimas reformas de accidente, ¡ah, señores! creo que era completamente ocioso por lo ménos haber dado la voz de alarma en el discurso de la Corona y traer una gran preocupación al Congreso. (El señor Ministro de Ultramar: Pido la palabra.) Pero, señores no nos hagamos ilusiones; pongámonos al nivel de las circunstancias, porque así, y sólo así, podremos resolver el conflicto.

La situación es realmente de una dificultad inmensa. Mas adelante desde ahora que, por grande que sea, no es imposible vencerla.

Posibilidad de vencerlo

Cuando esta tierra ha pasado por un período como el de los años 1872 á 1874; cuando esta tierra se ha encontrado por las agitaciones y turbulencias de nuestra historia política, desangrada, casi muerta; cuando ha

tenido en un mismo instante la rebelion separatista en Cuba, la rebelion cantonalista en Cartagena y la rebelion carlista en el Norte; el desquiciamiento absoluto de todos los ideales y la existencia de todos los deseos en los espíritus; las rentas perdidas, la propiedad abrumada, el plomo llenando los espacios, la conspiracion en todos los centros; posible la intervencion del extranjero; relegada como una quimera la pretension de dar la victoria á las opiniones políticas por una propaganda pacífica y una accion circunspecta; excitados todos los sentimientos y casi agotados todos los recursos, cuando á pesar de todo esto, y merced á esfuerzo que no tiene quizá parecido en la historia contemporánea, concluyó con la guerra separatista, con el cantonalismo y con el carlismo, quedando de nuevo consagrada la integridad absoluta y la honra de la Pátria puede desconocerse, puede dudarse que ahora, en otras condiciones, pero ante la realidad de un inmenso peligro, que de igual suerte, bien que de manera distinta, afecta á aquellos mismos sagrados intereses, tengamos medios, recursos, voluntad, ánimo para dominar la crisis y remediar los actuales males? No nos engañemos. Veamos con ojo tranquilo, pero atento, como el ánimo lleno de grandes esperanzas, la profundidad del mal.

Situacion económica de Cuba

Oid lo que os decimos todos los que por diversos conceptos estamos en el deber de conocer al detalle la vida ultramarina. Advertid la unanimidad de nuestras referencias y afirmaciones á despecho del antagonismo de nuestras aspiraciones políticas y aún de la diferencia de los remedios que aconsejamos. Ved como van desapareciendo todas las fortunas en Cuba. Todos los dias anueios de subastas públicas que se declaran desiertas porque ya no hay postores; aquellos Bancos y sociedades mercantiles que en otro tiempo producian pingües rentas, uno tras otro van cayendo empujados por el oleaje de la desconfianza; ayer el Banco de Santa Catalina, despues la Caja de Ahorros, ahora el Banco y la casa Perez de Sagua, verdadero Banco agrícola de la comarca de Barbon: puede decirse que ya no queda más que el Banco Español, sería, muy seriamente comprometido á pesar de su prestigio oficial, como lo demuestra la baja extraordinaria de sus acciones, baja que alcanza á aquellas otras, poco hace tan codiciadas, de los ferro-carriles de Cárdenas á Júcaro. El billete, podria decirse el papel-moneda, lo invade todo, provocando grandes resistencias por parte de los vendedores. Su proporcion con el oro ha llegado en estos últimos dias á muy cerca de 250 por 100 Los azúcares, esto es, el producto principalísimo, fundamental de la isla, se hallan en sacas y cajas aglomeradas en aquellos almacenes, sin encontrar salida: es que el gasto de produccion, aún para el hombre más práctico en el cultivo de la caña, se eleva en Cuba á 6, 6 1/4 ó 6 1/2 rs. arroba. Hace dos meses se paraba á 7 rs. con alarma de todos los productores; pero ahora anda ofrecido á 5 rs., y aún así, con una positiva pérdida por parte del productor, no hay quien lo compre. No se vende, y no hay modo de pagar los gastos de la refaccion pasada, y para la futura, si hay quien piense en ella, ya sin el auxilio de los Bancos, de la Caja de Ahorros, de las grandes casas exportadoras, se presenta la usura en condiciones de tal género, que hacen absolutamente imposible todo negocio mercantil, y no la permiten otro escenario que el triste hogar de aquellas familias en otro tiempo desahogadas, ricas, espléndidas, y que ahora se resignan á todos los sacrificios para cubrir sus primeras necesidades con cierto relativo prestigio, retardando un poco su hundimiento final y el escándalo de su espantosa miseria. Esta, pues, llega á lo más íntimo de la sociedad cubana. Se la descubre en todas partes, y el génio implacable de la desgracia, no queriendo consentir tregua ni velo al mal, ahora mismo acaba de provocar la voladura del polvorin de la Habana; con ello, la destruccion de buena parte de las cañerías del gas; y como aquel Municipio, agobiado por muchos millones de deuda, carece de toda clase de recursos, se ha podido dar el caso de que la capital de Cuba, la ciudad más hermosa y celebrada de las Antillas, haya permanecido por espacio de muchas noches, y aún sospecho que sigue todavía, completamente á oscuras, ofreciendo el espectáculo más pavoroso, pero más en armonía con la situacion económica del país y con la disposicion angustiosa de los espíritus.

Todavía á este cuadro hay que agregar algo. Allá en el fondo de la manigua, en el centro de la isla, pero casi en contacto con los centros más feraces, poblados y productivos de la Antilla, se recogen los bandoleros recientemente desembarcados en Cuba; los labradores y vegueros de la tierra predilecta del tabaco, salen á bandadas de Pinar del Río, y despues de buscar inútilmente colocacion y trabajo en Las Villas y en las proximidades de Matanzas, donde los negros libres se ofrecen sin éxito por la mitad del jornal ordinario, marchan á Jamaica, á Santo Domingo, sobre todo á Méjico, á donde se trasladan propietarios de gran importancia y capitales cansados de esperar dias, si no felices, seguros para la agricultura y la industria cubanas. Este éxodo tiene su complemento ó su análogo en el

de los torcedores y tabaqueros de la Habana, que también en proporciones considerables van marchando á Jamaica y á Cayo-Hueso, cuyos establecimientos industriales han adquirido en estos dos últimos años un desarrollo, apenas comprensible para aquellos que por mucho tiempo acariciaron la idea del monopolio eterno del café de Santiago de Cuba y de los azúcares y el tabaco del resto de la grande Antilla.

Como si esto fuera poco, todavía ahora sucede algo que debo aquí apuntar con todas las reservas que lo delicado del asunto impone. Mientras allá en los Estados-Unidos y con motivo de las elecciones presidenciales, vuelven á agitarse ciertas ideas de expansion y simpatía por determinados movimientos del resto del continente americano, muchos cabecillas de la última guerra separatista cubana, no convenidos en el Zanjón y colocados despues en los diferentes países independientes de América, ahora van abandonando sus colocaciones, aproximándose á Cuba, tomando puesto en las vecinas islas, aparcibidos, en acecho como siniestras aves de presa, dispuestos á caer sobre aquel desgraciado país en el instante supremo de la crisis, cuando las convulsiones comienzen, la confusion estalle y la catástrofe parezca inminente. Ya sé yo de qué suerte al hierro se contestará con el hierro, y cómo otra vez, si llegara este tristísimo caso, se reproduciria el esfuerzo de los años pasados. Pero no se trata de eso; se trata de la profunda alarma que la actitud de esos jefes y cabecillas determina, y que contribuyendo á la vacilacion de los especuladores, y á la retirada de los capitales, y á la intranquilidad de todos los espíritus, aumenta las negruras de aquella situacion.

Ahi tenéis el mal en toda su gravedad. El mal creciendo sin cesar y en proporciones geométricas de un año á esta parte. No os engañéis si se produce algun aparente y transitorio alivio. Temed la serenidad que precede inmediatamente al furioso desate de los elementos, y recordad cómo la muerte viene precedida de una aparente, pero aterradora mejoría.

Causas

Vamos al fondo de la cuestion; al examen de las causas de la situacion presente.

Aquí se han señalado con buen deseo, con sinceridad, con acierto; pero á mi juicio, se ha consignado tan sólo la mitad de las causas de este desastre.

Sin duda alguna, Sres. Diputados, hay causas en las cuales la política no ha tenido realmente parte, ó si la ha tenido, ha sido de tal suerte que nadie podria atribuir las al adversario, ni quizá prevenir las de un modo completo y satisfactorio.

La abolicion

La abolicion de la esclavitud es un hecho necesariamente perturbador. Lo ha sido en todas partes, porque afecta de una manera fundamental, por su índole particular, á la propiedad y á la produccion colonial; y por otro lado, como mera pero gravísima reforma económica, afecta á las relaciones generales del capital y el trabajo. Por eso donde quiera que se ha realizado la abolicion, han sido precisos de quince á veinte años para que los pueblos afectados por aquella trascendentalísima medida se rehiciesen, liquidando el pasado, restañando las heridas y modificando su antiguo modo de produccion. Esto produce siempre víctimas. Las tiene que producir y hay necesariamente que contar con ello. Es el castigo del error y de la injusticia.

La guerra

No ménos poderosa parece la última guerra separatista, que por espacio de ocho años se ha cebado en los campos y las ciudades de Cuba, produciendo no sólo la destruccion material de las riquezas allí creadas, si que la salida de capitales, y una solucion de continuidad en el ingreso de los extranjeros, que por tanto influyeron en el desarrollo comercial de nuestras Antillas, y cuya cooperacion yo tengo por absolutamente indispensable y no difícil de lograr, si tomamos en serio el pensamiento de la reconstruccion de la isla. No cabe, señores, pensar que en Cuba no se produjeran resultados análogos á los extraordinarios de la guerra separatista de los Estados-Unidos.

Atraso industrial

Añadid como tercera causa el atraso de la produccion colonial, combinado con aquel exclusivismo propio de los países privilegiados, y singularmente de los países esclavistas, donde todas las fuerzas se ponen al servicio de una sola explotacion, de la produccion y venta de artículos especiales y de puro lujo. Por eso en aquellos países se olvida todo otro modo de produccion, y por la idea de que se disfruta de un verdadero monopolio en el mundo, viene el abandono de los procedimientos y cierto descuido respecto de los adelantos industriales, cuya atencion se impone donde priva la competencia. Por eso, cuando el monopolio natural ó artificial cesa, se produce un inmenso conflicto. Así sucede ahora en Cuba. Nuestros azúcares han encontrado grandes rivales. Pero Cuba, hoy por hoy, sólo produce azúcar, y su maquinaria y sus procedimientos agrícolas é industriales están completamente por

bajo de la necesidad del momento y de los compromisos de la competencia.

Competencia en los azúcares

Tras esto viene como causa del conflicto que examinamos, el desarrollo extraordinario que ha alcanzado la produccion del azúcar en otros países que ó no la producian, ó la producian en proporciones poco importantes. El azúcar de remolacha, favorecida excepcionalmente por los Gobiernos, lo ha sido despues por el prodigioso adelanto de la maquinaria y los medios industriales de produccion, ayudado todo por la cuantía verdaderamente asombrosa de los capitales hoy comprometidos en el centro de Europa en este importantísimo negocio. Pero aún la caña de azúcar extranjera ha llegado á ser en estos últimos tiempos una rival terrible para nuestras Antillas. La produccion de la India y del Brasil ya sale de los límites que el más previsora podria haber entrevisto hace diez años; pero además sucede que Jamaica se rehace; Santo Domingo con sus feracisimos terrenos, ha llegado á producir millares de toneladas; el azúcar de Méjico provoca tratados en vista de su exportacion; las islas de Sandwich aparecen en los mercados del mundo casi como antes aparecia Cuba; y en los Estados-Unidos, despues de tomar asiento el azúcar de remolacha en las comarcas septentrionales, se piensa ahora en la desecacion y explotacion en términos vastísimos, de la Florida, dedicada á la caña de azúcar, que también principia á cultivarse en ciertas proporciones en nuestras Canarias, en las Azores y en el litoral africano. Pero todo esto, hecho dentro de las exigencias de los nuevos tiempos, aprovechando los últimos adelantos; de donde resulta que el azúcar de Cuba, no sólo encuentra rivales con quienes nunca soñó, sino otros azúcares mucho más baratos, que lo han arrojado de los antiguos mercados para reducirlos al único mercado de los Estados-Unidos; á ese mercado que ya no hay que discutir si es mejor ó peor, el natural ó artificial, sino que, hoy por hoy, y por la fuerza de las circunstancias, es desgraciadamente el único.

El Zollverein americano

Por último, hay que registrar la tendencia de algunos pueblos americanos á ciertas inteligencias mercantiles, cuyo último resultado habrá de ser el aislamiento de nuestras Antillas. Tengo por cierto que el Gobierno, y particularmente el Ministro de Ultramar, conocerán el hecho. Se trata de la série de convenios comerciales que pretenden hacer entre sí los principales pueblos de la América latina con los Estados-Unidos, excluyendo, intencional ó casualmente, á las Antillas, y estableciendo una especie de Zollverein del Nuevo Mundo. Excuse explicar las terribles consecuencias que este hecho tendria para nuestra produccion colonial, necesitada urgentemente de mercados, cuando ménos para habilitarse y disponerse á una trasformacion en el fondo y en la manera impuesta por toda clase de consideraciones políticas, económicas y hasta técnicas.

Pero despues de estas que son causas generales, casi podria decir causas naturales, vamos á entrar en el examen de aquellas otras, á las veces más poderosas que las anteriores, y determinar también su remedio.

Me fijaré, señores, en cuatro: el presupuesto, los aranceles, la centralizacion y el patronato.

El presupuesto

Ante todo, el presupuesto de Cuba, (no podemos ocultarlo, puesto que lo dice todo el mundo y ya lo reconocen todos los Sres. Diputados de aquella isla), es un presupuesto abrumador, es un presupuesto imposible, es un presupuesto que no tiene igual en ningun pueblo culto, ni razon en ningun sistema político ni financiero.

Y no voy á buscar las causas: simplemente señalo los hechos. Ni al precisarlos lo hago con aire de ataque ó de impugnacion; antes por el contrario, dejo á cada cual la responsabilidad que le corresponde, y que discutiremos cuando llegue la hora de las liquidaciones y podamos ver tranquilamente la responsabilidad que alcance á cada uno, limitando mi deseo por hoy á que se vea claramente el hecho y sobre él acordemos el remedio.

Y el hecho es que hay un presupuesto que á pesar de ser local, está gravado con atenciones de carácter nacional, atenciones de deudas que suben á 70 millones de pesos, á servicios generales que quizá se llevan las tres cuartas partes de los ingresos, á gastos de la diplomacia, del ejército y de la marina, de la magistratura... al lado de gastos de Fomento, que en un país en reconstruccion, centralizado, despoblado, desangrado y combatido como antes he dicho, no pasan de millon y pico de pesos! Viene, despues, la proporcion extraordinaria entre el tipo de contribucion y de la contribucion en general con la riqueza que habia, no ya en estos criticos tiempos, sino aún en aquellos en que Cuba podia pasar con cierta holgura. Y despues hay que notar la naturaleza de algunos impuestos, como por ejemplo, el famoso derecho de exportacion con que se grava en términos apenas imaginables, la salida de los azúcares cubanos, ya atacados fuera de la Isla por la terrible competencia de los azúcares extranjeros y por las

leyes de represalias arancelarias y los tratados de comercio de otros países que van cerrando los mercados a la producción de nuestras angustiadas Antillas.

No olvideis, Sres. Diputados, que este impuesto, condenado por todos los economistas, que ataca al capital, que busca al productor en el momento de dar los primeros pasos en busca de salida para esos productos, que hoy lejos de imponerse como un monopolio sucumben ante una competencia desesperadora: no olvideis que este impuesto representa algo más de la sexta parte de los ingresos de Cuba.

El Sr. D. Miguel Martínez Campos hizo aquí un cálculo que nadie pudo rectificar, y del cual resultaba, que mientras la proporción de la renta al impuesto era en la Península de 26 por 100, en Cuba era de 44. Otro estadista distinguido, en artículos recientemente publicados en un importante periódico de Madrid, en *El Progreso*, ha demostrado que el tipo de contribución por habitante, en Francia, cuyo presupuesto pasa por el más caro de Europa, es de 87 pesetas, y en España, es decir, en la Península, de 56. En Cuba, con ciertas atenuaciones y salvedades, llega a 97. Sin ellas alcanza a 122 pesetas por cabeza.

Además, este presupuesto ofrece dos circunstancias particularísimas. Es un presupuesto que no se liquida ni normaliza nunca. Es un presupuesto que nunca llega a cubrir lo recaudado por los contribuyentes. Aquí lo hemos oído; yo traería las declaraciones terminantes de todos y cada uno de los Sres. Ministros de Ultramar que han pasado por ese banco desde 1879, de las cuales resulta que en Cuba no existe contabilidad, ni hay medio de saber exactamente lo que allí pasa, ni aún de poner pronto y radical remedio al abuso. En los preámbulos de los presupuestos se han hecho verdaderas confesiones que importa recordar siempre, porque es necesario decir la verdad cuando se tiene el propósito serio de corregir los males: y es necesario tenerlo, porque de otra suerte Cuba es un pueblo imposible.

Al lado de esto hay otro fenómeno de que hablaba uno de los Sres. Diputados que han tomado parte en el debate. En vano es que se señalen 30, 40 ó 46 millones de pesos, porque (y este es el argumento que ya hacía al Sr. Leon y Castillo) la verdad es que este presupuesto queda sobre el papel, pues Cuba no ha pagado nunca dentro del año más de 28 millones de pesos, colmándose el resto con negociaciones y deuda flotante consolidada al fin, para aumentar obligaciones que han traído por dos veces el corte de cuentas. Pero ese presupuesto imposible, se promulga; las autoridades toman en serio su realización; la burocracia agiza el ingenio y prepara las redes; y llueven los apremios, y menudean las subastas, y son perseguidos los contribuyentes, y las economías desaparecen, y la propiedad se agota, y la riqueza se deshace, precisamente cuando la situación viene pidiendo desahogo, consideraciones, economías, tolerancia y alientos.

El Arancel

Vamos al arancel, cuyo sentido y alcance son de lo más singular imaginable.

Por proteger la producción similar de caña en la Península, por proteger por otro lado la producción harinera, por proteger ciertos géneros de Cataluña, ¿qué resultados produce el arancel? El sacrificio completo de Cuba. Porque si de un lado, y faltando a una buena correspondencia, se dificulta la entrada y colocación del azúcar y el tabaco antillano en la Metrópoli, por otra parte, manteniendo en el arancel de Cuba excesivos derechos protectores contra la importación extranjera, se producen dos fenómenos. Primero, que el extranjero alza sus tarifas contra los productos de Cuba, y casi impide su colocación en aquellos mercados extraños, que como antes decía, hoy por hoy son los únicos, y que de todas suertes tendrán siempre capital importancia, por la sencillísima razón de que están a pocas horas de distancia del lugar productor, y porque en la Península no hay ni puede haber el consumo necesario para dar salida a los productos cubanos. Y segundo, porque esas tarifas, esos derechos, esos altos aranceles encarecen la vida en las Antillas, dificultan la producción, la ponen en condiciones excepcionales, que hacen punto ménos que imposible la competencia de Cuba, por razón de los precios, con los demás pueblos productores de géneros coloniales.

Hay que ver la cuestión así, en toda su complejidad. Los azúcares cubanos no son rechazados sólo por el arancel de represalia de los Estados-Unidos y por favorecer a otros pueblos. Son rechazados de todos los mercados del mundo, por caros. Y serán y tendrán que ser caros, mientras el arancel haga de la vida cubana una vida difícil, y mientras ponga obstáculos al desarrollo general de aquel orden económico. Con el actual arancel tened una seguridad. Por proteger a tales regiones de la Península, que se supone que han de padecer si no se les conserva el monopolio del mercado antillano, conseguiremos que este mercado concluya por la ruina de las Antillas, heridas en lo más íntimo y fundamental de su existencia.

La centralización

Llegamos a la tercera causa, la centralización; es

decir la centralización como pneumatismo, como expediente, como razón de ese enjambre de empleados y esa balumba de oficinas que implican enormes gastos y una perturbación constante en el desarrollo de los intereses de aquella Isla, obligada a esperar la resolución de los negocios más urgentes y más especiales, de centros colocados a 2.000 leguas de distancia, como el Ministro de Ultramar, y de personas traídas de improviso, no ya al estudio, si que a la resolución de problemas delicadísimos cuyo conocimiento se niega, por razón de incompetencia, a aquellos que se han criado y educado entre ellos.

La electricidad y el cólera

Con este título y bajo la firma del doctor A. Tripiér ha publicado la revista científica *La Lumière électrique* un artículo muy notable del que hemos traducido los párrafos que juzgamos podrían interesar más a los lectores de LA AMÉRICA:

«El mecanismo de los envenenamientos por materias vivas capaces de reproducirse en el organismo, se ha explicado de muchas maneras, sin que sea permitido hoy rechazar una de ellas en nombre de otra.»

«Para M. Pasteur, la pululación de los *microbios* es la consecuencia de la introducción de gérmenes venidos del exterior. Para M. Béchamp, el microbio podría proceder de un modo particular de evolución de granulación molecular viva, a las que ha dado el nombre de *microzymas*, granulaciones que existirían en todos los protoplasmas y cuyas evoluciones viciosas podrían reconocer causas independientes de toda introducción de levadura de origen exterior.»

«Muy distinto es el caso de una categoría de venenos orgánicos de origen interno, cuyo génesis ha sido recientemente indicado por M. Bouchard. Se trata de alcaloides tóxicos formados químicamente en las vías digestivas, venenos que se diferencian de los precedentes en que no son, ni vivos, ni capaces de pululación; venenos que no obran sino en virtud de su masa.»

«El estudio del papel que la electricidad puede ser llamada a representar en los diferentes períodos del cólera, me conducirá a examinar la enfermedad en sus diferentes fases; pero mi objeto principal es insistir en la importancia de las condiciones atmo-telúricas que hacen que un país ó una estación sean favorables ó desfavorables a la aparición y a la extinción de la epidemia.»

«Empecemos por examinar la influencia del terreno. — Los médicos ingleses que han estudiado el cólera en la India, han reconocido la inmunidad para las regiones simplemente graníticas. El hecho se ha confirmado en Francia, especialmente en el Morvan y el Limosin.»

«La inmunidad de que ha gozado el territorio de Lilla, donde se construyen casas de ladrillo haciendo coquer sobre el terreno la tierra sacada al excavar los sótanos, parece un testimonio en favor de la arcilla.»

«Procediendo así por exclusión se llegaría—si se generalizasen estas observaciones—a circunscribir el cólera en las regiones de aluvión y de calcárea.»

«Entre el suelo y la atmósfera encontramos la población.»

«Aquí se presenta una cuestión que no es tan fácil de resolver, como parece: la de la *aglomeración*. Siempre se ha considerado la aglomeración como una condición de extensión de las epidemias cólericas. Careciendo de pruebas, no quisiera dar mi voto en el asunto; pero me parece que la cuestión es doble y pudiera muy bien ofrecer conclusiones contrarias.»

«Respecto a la atmósfera, hay que tener en cuenta condiciones físicas de diferentes géneros.»

«Se ha agitado la cuestión de saber si el contagio, cuando se verificaba, era por el aire respirado ó por las aguas ingeridas. Cuando se demuestre el hecho mismo del contagio, es cuando se decidirá entre estas dos opiniones, que tienen partidarios exclusivos, sin ser por eso contradictorias.»

«Según unos, la sequedad haría perecer rápidamente esos gérmenes que no se han visto. Según otros, una humedad suficiente y suficientemente prolongada, sería la mejor condición de destrucción de los gérmenes (?).»

«Las epidemias no cesan necesariamente en las estaciones frías, pero hacen entonces ménos estragos. ¿Es que el descenso de la temperatura estorba la reproducción del agente infeccioso, ó lo destruye una vez elaborado?»

«Ociosas son tales cuestiones hasta el día en que, teniendo en el laboratorio el cuerpo del delito, puedan ser resueltas experimentalmente.»

«Llegamos a la acción de la electricidad.»

«Sin salir del terreno de la observación clínica, se ve, en el curso de las epidemias cólericas, aumentar el número de casos cuando hace calor seco y disminuir cuando llueve ó después de una tempestad. Pudiera objetarse que en todas las enfermedades agudas se observa una cosa parecida, pero no se marca tanto como en el cólera. Un oficial atacado del cólera y aban-

donado en una marcha, contaba, hace poco tiempo, haber debido su curación a una tempestad muy fuerte, a la que había quedado expuesto. Este caso me recuerda otro; el de un cólico curado rápidamente por la fulguración de la casa en que se hallaba.»

«Tratando más de cerca la cuestión meteorológica, aceites volátiles y fijos, alcanfores y algunos alcoholes, recordaremos las observaciones de Béring y sobre la presencia del ozono en la atmósfera, de la que desaparece durante las epidemias de cólera.»

«Las precauciones que impone toda epidemia, son de dos clases: alejar las eventualidades de un contagio, que, aunque no demostrado, debe considerarse como admisible; ofrecer a estas eventualidades la menor superficie posible. Séame permitido examinar brevemente estas precauciones, en lo que se refiere al cólera.»

«Las ideas que se han tenido en las diferentes épocas relativamente al contagio, han sido origen de precauciones cuya naturaleza general ha cambiado poco. En la atmósfera y en las deyecciones es donde se ha procurado destruir los «miasmas»—hoy microbios ó sus gérmenes—por el fuego, luego por reactivos químicos volátiles ó fijos, escogidos primero entre los oxidantes y después entre los cuerpos que detienen las fermentaciones: hidrógenos carbonados, en general, entre estos el ácido fénico en primer lugar. Desde que el miasma se ha hecho microbio, se han añadido a estos medios varios desinfectantes por coagulación y precipitación: las sales de hierro, de cobre y de zinc.»

«Estas últimas se aplican a las deyecciones, en las que se cree que está el agente infeccioso. No por eso se ha renunciado a perseguirlo en el medio atmosférico con el auxilio de los carburos volátiles y de las emanaciones de cloro.»

«Cuando reine una epidemia cualquiera, se cuidará de tener limpia la habitación y de ventilarla, abriendo las ventanas y sosteniendo focos de combustión en las chimeneas. En tiempo de epidemia cólerica ó de epidemia tifoidea, deberá tenerse un cuidado muy especial con los retretes, evitando convertirlos en depósitos de papeles y tratando todas las deyecciones por sulfatos metálicos.»

«No está demostrado que la desinfección del aire sea inútil. Entre las emanaciones hidrocarbonadas, doy la preferencia a la esencia de trementina evaporada al sol en un platillo.»

«No siempre puede evitarse un contagio cuyas vías no se conocen bien todavía, pero siempre es posible manejarse de manera que se reduzca la superficie que pudiera presentarse.»

«Las funciones digestivas necesitan un cuidado especial. En caso de restricción, debe tomarse todas las semanas, en ayunas, una cucharada de aceite común, que obra al mismo tiempo como laxante y como antiséptico. No se harán más que dos comidas al día, dejando entre una y otra un intervalo de ocho horas. Nada de bebidas alcohólicas, porque en lugar de activar la digestión, como se cree hasta por los médicos, la detienen, según ha demostrado experimentalmente Claude Bernard.»

«Poco juega la electricidad en las cosas de la profilaxia, pero en el terreno de la terapéutica va a prestarnos servicios importantes. Veámosla primero en el período prodrómico.»

«Para combatir la diarrea se tomará de cuando en cuando un sorbo de un vaso de agua azucarada, en el que se echarán ocho ó diez gotas de éter sulfúrico. Al mismo tiempo, dieta relativa. Por la mañana, y antes de comer, una lavativa de cualquiera de las dos mezclas siguientes (para ocho lavativas templadas): Primera, aceite de manzanilla alcanforada, cien gramos; yemas de huevo, dos; agua, nuevecientos gramos. Segunda, aceite esencial de trementina, diez gramos; yemas de huevo, dos; agua, diez litros.»

«Podría ensayarse comparativamente combatir esta diarrea prodrómica por la faradización abdominal, haciendo obrar cada uno de los polos sobre una de las fosas iliacas.»

«Si, además de haber diarrea, estuviese el estómago ocupado, se tomará por la mañana, al despertar, media hora por lo ménos antes de levantarse, una cucharada pequeña de la mezcla siguiente: veinticinco gramos de jarabe de ipecacuana y otros veinticinco de jarabe de frambuesas, a repetir los días siguientes hasta acabar la dosis.»

«Si existiese la pesadez gástrica, sin tener la lengua cargada, se reemplazaría la prescripción precedente por la voltaización continua ascendente del nervio pneumogástrico derecho; el polo positivo al epigastrio, el negativo a la parte inferior y un poco lateral derecha del cuello, donde es más accesible el tronco del nervio.»

«Contra la postración: voltaización continua ascendente de la médula espinal.»

«La enfermedad ya declarada presenta dos fases muy distintas, llamadas el período álgido y el período de reacción.»

«El período álgido está caracterizado por el aumento de la diarrea, por vómitos, por calambres, por el enfriamiento de la piel y por una sed ardiente.»

«Al empezar la enfermedad declarada, se continua-

rán los medios recomendados en el período prodrómico, dándose más á menudo las lavativas alcanforadas ó trementinadas y frotando el abdómen con aceite alcanforado.»

«Soy de opinion que no deben emplearse en este período los preparados de ópio, porque aumentan mucho las dificultades y los peligros del período de reaccion.»

«No es ménos funesto el uso de las bebidas alcohólicas.»

«Contra los calambres, que son el síntoma más penoso de este período, se hará uso de aplicaciones metálicas exteriores: un cinturón de latón, al nivel del epigástrico, ligas de latón en las pantorrillas, son las formas más cómodas que pueden darse á dichas aplicaciones. Cualquiera que sea el metal que se emplee, hay que limpiarlo bien, frontándolo con una almohadilla de uata empapada en éter.»

«Convendrá también la voltaización continua ascendente del nervio neumogástrico derecho. Esta operación es útil contra los vómitos y contra los calambres.»

«Una sed ardiente atormenta á los enfermos, sed que se calma ya con bebidas heladas, ya con bebidas calientes. Si se da la preferencia á las primeras, deben administrarse en cantidad tanto más pequeña—cada vez—cuanto más baja sea su temperatura. Las bebidas alcohólicas deben ser proscritas en absoluto. Tampoco soy partidario de las infusiones de café y de té. La limonada cítrica constituye una buena bebida.»

«Si lo permite la temperatura ambiente, será bueno encender fuego en el cuarto del enfermo, dejando abierta la ventana, si es necesario.»

INOCENCIA

(NOVELA)

(Continuación)

Un día le dijo su principal, hombre astuto, y que no se paraba en barras:

—¡Atilano! ¿te quieres casar con la querida de mi hijo?... Diez mil duros vale su mano... ¡Otro se los ha de llevar! No desaproveches esta ocasión de hacerte rico y dueño de una mujer hermosa.

El dependiente de la tienda de ropas, repondió sin vacilar:

—Aceptó el contrato.

¿Cómo se verificó este enlace del vicio y la deshonra? Ya lo sabrá el lector si tiene tiempo y ganas de seguir nuestra pluma.

II

Inocencia Zambrano era la mujer á que se dirigian los miserables denuestos del hombre de la buhardilla. Estaba la infeliz rebujada en el suelo frío y repugnante de aquel cubil, contestando sólo con sollozos á las amargas quejas de su marido. Era una mujer jóven y extraordinariamente bella. El temor que la dominaba en el punto de abrir nuestro relato, imprimía una palidez de cera á su faz de finas y delicadas líneas. Su abundante cabellera de hilos rubios, caía desordenada por el cuello y espaldas destapados como una almohada de oro. Azules eran sus ojos, y humedecidos por el llanto hacían pensar en un cielo lluvioso, á través del cual fulguraban á ratos rápidos resplandores de tristísimas miradas. Abríanse al suspiro sus labios pálidos como pétalos de flor marchita, agitada por brisas importunas. Fuertes sacudidas del corazón, exteriorizadas por alzamientos y depresiones de pecho, decían muy claro cuán hondo dolor era el que traspasaba su alma entonces.

Por fin, á pesar de su abatimiento, se atrevió á murmurar:

—Ya sabes que me casé contigo á la fuerza.

—¡Mil escopetazos! —vociferó el poseído.—No me lo recuerdes. Eso ya pasó... Lo que quiero saber ahora es si soy ó no tu marido.

—Mi verdugo, dirías mejor.

—No lo he sido todavía, pero lo seré.

—¿Más? es imposible serlo. ¿No me abofeteas por cualquier descuido? ¿No me dejas sin comer días enteros por cualquier palabra que digo y que no te gusta? ¿No me haces dormir en el suelo pelado? ¡Ni que fuera una perra!

—¡Te mereces mucho más!—gritó el marido, alzando un brazo con amenaza.

Aquí Inocencia rompió á llorar.

Sus lágrimas, corriendo por las mejillas, fueron á perderse en el seno mal cubierto.

Hubo unos minutos de silencio, en los que sólo se oían las respiraciones entrecortadas y temblorosas de la mujer que gemía.

Después dijo Atilano, revolviéndose nerviosamente entre las mantas.

—No quiero que vayas á ver al que fué tu mante.

Inocencia, como volviendo en sí de un letargo, agujada por punzante espina que el abotagamiento del desmayo no hubiera hecho sentir antes, se levantó de repente, y con voz enérgica exclamó:

—El que tú llamas amante es también padre de mi hija. Si le veo es por ella, por ella, que está en el abandono.

—¿No la tiene tu madre? —dijo Negrete, algo más pacífico.

—¡Mi madre! —replicó Inocencia, cruzando fríamente las manos.—¿No es también pobre? ¿Qué puede darle el trabajo de sus ya flacas manos en un pueblecillo de escasísimos recursos?

—Allí tiene parientes que la socorran.

—Nadie hace caso del pobre, y mayormente si está deshonrado.

—¿De suerte—contestó el marido, dando fuerza á su acento,—que he de consentir que te veas cuando quieras con ese...? (Aquí pronunció una palabra grosera.)

—No hay remedio... Los celos deben tenerte tranquilo; pues si aún busco al padre de mi hija, rechazo dignamente al raptor de mi virtud.

—¡Palabras bonitas! ¡frases de melodrama...! ¡Bóberías...! ¿Vas á pedirle una dote para tu hija? ¿No es cierto...?

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Pues bien—prosiguió él recalando con sorna las palabras.—El padre de tu hija exigirá livianidades á cambio de favores de la madre de su hija.

Inocencia encogió los hombros en señal de desprecio. No pasó desapercibido para Atilano este movimiento: púsose rojo; la sangre remontó á su cabeza, y dando un salto del lecho se avalanzó como un tigre sobre su esposa. La infeliz esquivó el golpe, y el agresor se desplomó contra el borde de un arca. Su cuerpo hizo un estremecimiento de dolor; una línea roja rayó instantáneamente su sien, y un sordo ronquido exhaló su garganta. La mujer dió un grito.

—¡Socorro! ¡socorro! —exclamó despavorida, lanzándose á la puerta.

Abríase ésta á un largo y oscuro corredor donde innumerabilidad de puertas daban entrada á otras tantas habitaciones. Las voces de Inocencia alarmaron la vecindad. Todos conocían el género de vida que llevaba aquel matrimonio y no faltaba quien asegurara el fin desastroso de pareja tal mal avenida. En la oscuridad del pasillo pronto se vieron aparecer sombras blancas, que asomándose á las respectivas puertas preguntaban lo ocurrido.

—¡Mi marido se ha matado! —decía Inocencia con voz temblorosa.

Los vecinos, enjaezados en paños menores, traje debido á lo intempestivo del caso, acudieron á la buhardilla de Atilano.

Allí descubrieron á éste postrado é inmóvil en una charca de sangre revuelta en lodo. Trataron de incorporarle, haciéndolo con dificultad. Todo su cuerpo estaba desmadrado. Masas sanguinolentas cubrían su rostro lívido; sus ojos entornados y en blanco, dábanle aspecto de cadáver. Esta perspectiva repugnante hizo retroceder á los que acudieron en socorro de Inocencia. Atilano, soltado de las manos de aquellos medrosos bienhechores, careciendo de apoyo, cayó otra vez al suelo. «¿Estaba muerto?... ¡Ojalá!» murmuraban algunos que compadecían á la maltratada esposa.

Inocencia, á pesar del aturdimiento en que ella misma se encontraba, llevada por aquel nobilísimo instinto que fué su perdición, exclamó con verdadera angustia:

—¡Que traigan un médico! Yo no quiero que se muera así mi marido.

Cuando la gente fué á ejecutar esta comision, pudo reparar su esposa en su casi desnudez. Se coloraron sus mejillas, y tomando un manton, se lo echó en las espaldas cruzándosele por el pecho. Tocó en la frente á su marido.

—¡Frio!—dijo; y sentándose sobre el arca empezó á llorar. ¡Cuán desgraciada era!... En esta dolorosa actitud, permaneció hasta que vino el médico. Pero el médico no llegó sólo; acompañábale el inspector del barrio.

JOSÉ DE SILES

(Se continuará.)

Folk-Lore del Mar

El agua del mar en las supersticiones y creencias populares, por Paul Sébillot

En los comienzos del mundo, el agua del mar era dulce como la de los ríos y las fuentes; después tornóse salada, en virtud de causas extrañas y sobrenaturales, según rezan las variadas relaciones de las gentes. Véase á continuación una leyenda referente al mencionado fenómeno, recogida en la Alta Bretaña á orillas del canal de la Mancha.

«Este era una vez un capitán de barco que se había enamorado de una aldeana, á la que hizo la corte y prometió su mano—no obstante ser ella pobre—porque se hallaba adornada de muchas virtudes.

El capitán, después de haberse casado, marchó al mar para hacer otro viaje.

Mientras duraba la ausencia del feliz esposo, un poderoso señor de las cercanías, se enamoró perdidamente de la jóven capitana y consiguió robarla, conducirla á su castillo, y la obligó á ser su esposa. Cuando regresó el capitán, supo inmediatamente la nueva fatal, y su corazón quedó herido de muerte; más como no podía obligar al infame raptor á que le devolviese su esposa, lanzóse de nuevo al mar y navegó sin rumbo.

Esta ausencia del capitán duró algunos años, y á su vuelta halló que el mar había invadido de pronto el castillo y las posesiones del noble, y que éste había perecido con toda su servidumbre. Solo la jóven se había salvado y se encontraba en la casa de su primer marido. Tal sorpresa llenó de júbilo al marino, y corrió al encuentro de su esposa, sintiéndose felices ambos. Entonces preguntó el capitán, verdaderamente maravillado, cómo ella sola había escapado de la muerte.

—Un día, contestó la esposa, la mar se encrespó, las tierras del malvado señor que me aprisionaba contra mi voluntad, muy pronto fueron invadidas, las aguas llegaron al pié del castillo y azotaron fuertemente sus muros. Las olas se elevaban unas sobre otras, más altas que los palos de los barcos; los muros vacilaron y se desplomaron. Cuantos vivían en el castillo, murieron aplastados, ó se ahogaron en el agua furiosa. En cuanto á mí nada malo me ocurrió en el lugar donde corrí á refugiarme. Cuando todos los malvados estaban muertos, la mar se retiró tranquila, y yo pude volver aquí.

—Pues si el mar te ha salvado, dijo el capitán, justo es que yo le muestre mi agradecimiento por el gran servicio que me ha prestado.

Y dirigiéndose hácia las aguas el capitán, le dijo:

—¡Oh mar! durante mi último viaje me has prestado un gran servicio, un infame señor me había robado mi mujer, casándose con ella contra su voluntad tú has destruido su castillo; tú le has ahogado, cuidando de que solo mi esposa se salve. Quiero hacerte ver mi gratitud y mostrarte mi profundo agradecimiento. ¡Oh mar! todo el mundo te admira por tu grandeza y extensión, por tu flujo y reflujo; en adelante, si quieres seguirme, to los admirarán también el sabor de tus aguas.

Nada respondió el mar, pero siguió al capitán á unas tierras llenas de depósitos de sal. El mar cubrió las tierras y las salinas, y desde entonces siempre ha estado salado. Muy agradecido el capitán, volvió á su casa y aún vive todavía.»

Otra versión de la anterior leyenda, recogida también á orillas del Canal de la Mancha, difiere tan solo en algunos detalles finales. Según ésta, cuando el capitán llevó el mar á los depósitos inagotables de sal, se encontró con la luna. Esta le reprendió por haber llevado allí el mar sin su permiso y lo castigó arrebatándolo. La figura, por tanto, que se vé pasearse por la luna, es el capitán.

Un cuento noruego, recogido por los folk-loristas Ashjoerusen y Moe, intitulado *El molino mágico*, atribuye la salazón del mar á este molino que tenía el privilegio de moler cuanto se le decía. Un día fué cogido el molino por un marinero, que desconocía las palabras que debían pronunciarse para detenerlo, y lo transportó á su barco, en alta mar, diciéndole: «Muele sal, pronto y mucha.» El molino comenzó á arrojar sal. El buque ya estaba lleno, y el marinero quiso detener la molinenda, pero el molino molía continuamente, porque no obedecía más que á una fórmula mágica. La montaña de sal crecía por momentos y el barco concluyó por irse á pique. Desde entonces, el molino existe moliendo sal en el fondo del mar, y de aquí el estar salada el agua.

Según una leyenda india, consignada en la *Historia de diferentes pueblos* por Darville, Agastea—hombre muy pequeño,—pues su altura no excedía de una pulgada, pero muy fuerte, y que existía desde el principio del mundo y existirá hasta su fin, se paseaba por la orilla del mar, cuyas aguas eran entonces dulces. El mar se burló de la pequeñísima estatura de Agastea, y éste, ofendido y lleno de despecho, recogió todo el mar en su mano, como si fuera una gota de agua, y se lo tragó entero. Los ángeles tuvieron gran pena, demostraron á Agastea cuánto mal sobrevendría si no existiese el mar, y le conjuraron para que le volviera á su sitio. Agastea no pudo resistir á las insinuaciones y echó de su cuerpo al mar: de aquí viene el que el agua del mar sea salada.

Por el contrario, los marineros ingleses y franceses creen que el fondo del mar no está salado. El capitán Basil-Hall asegura haber oído decir á uno de sus marineros que si se introduce en el mar, á cien brazas de profundidad, una botella bien tapada, se saca llena de agua dulce. La misma creencia existe en la Baja Bretaña, y la de que si el pez no pica el anzuelo es porque el mar no está salado en el lugar donde se echa; así lo dicen los pescadores.

En ciertas tradiciones se refiere que el mar pueda

volverse por sí mismo dulce en ciertos parajes. Refiere Plinio, que en el momento de ser arrojado del trono de Sicilia el tirano Denys, el mar, por un prodigio, volvióse dulce durante un día en el puerto de Siracusa. Las *leyendas y tradiciones del Archipiélago indio* cuentan que careciéndose una vez de agua dulce, el rey Sang Souperba metió el pié en el mar, en medio de un círculo de cañas, que mandó hacer, y por la voluntad del Todopoderoso el agua salada convirtiéndose en dulce.

Después de esta época el agua ha seguido siendo dulce, frente por frente del río de Sapat.—Esta leyenda recuerda otras de muchos santos, como el de la isla de Bazt, que hizo brotar de un garrotazo una fuente de agua dulce, fuente que el mar descubre en cada marea.

El agua del mar, en virtud de su misma salazon, tiene ciertos privilegios. Se dice que en las orillas el agua ablanda los miembros, mientras que la dulce los hiela. En la Gironda se asegura que el agua del mar no moja: en la Alta Bretaña, en Morbihan y en Finisterre los marineros están persuadidos de que no acatarra. Dicen también que si acatarrase como el agua dulce, nadie querría poner el pié en una embarcación, donde á cada instante se está mojado: y que es frecuente ver hombres muy resfriados que al embarcarse curan, si alguna ola del mar los deja mojados como una sopa. La misma creencia existe en el Paso de Calais y en Italia.

En el siglo XVII, según se lee en la *Historia de los aventureros de Exmelico*, los holandeses creían que el agua del mar, echada sobre las personas que pasan la Línea, libraba de muchos males que se contraen por el cambio de clima. Casi todos los holandeses se bañaban en el mar, aunque no hubiesen atravesado la Línea.

Se dice en Alta Bretaña que si uno se resfría, para curarse, debe beber agua del mar al amanecer y al anocheecer.

El agua del mar se considera también como purgante.

Dice un proverbio:

*No hay mejor para purgar
Que un vaso de agua de mar.*

En la Baja Bretaña se cree que cuando el mar está revuelto, se halla cargado de veneno. En el litoral del Canal de la Mancha, dicen que los perros rabiosos beben la espuma del mar; y si un perro bebe en un sitio de la orilla que no se cubra hasta el final del flujo, también rábia.

Para bañarse en el mar, debe aguardarse á que baje la marea. Véanse los dos dichos bretones, recogidos por M. Sauvé:

*Cuando la marea esté baja
Lava tu llaga y quedará bien curada.*

*Cuando la marea esté baja
Toma un baño y entra en la cama.*

En Portugal se dice que deben tomarse los baños de mar en número impar. Un baño tomado el día de San Bartolomé, equivale á siete. Cuando los muchachos van á bañarse cuentan cierto número de granos de arena (creo que nueve) y los echan en el agua, recitando la siguiente formulilla, según puede leerse en las *Tradiciones populares de Portugal*, de Leite de Vasconcellos:

*Calenturas, calenturas,
Irse para el mar,
Que yo voy á nadar,*

*Calenturas para Braga,
Calenturas para Oporto,
Calenturas para fuera
De mi cuerpo.*

Por último, en la Alta Bretaña se dice que para curarse de los males de ojos, se les debe lavar con agua de mar, teniendo la cabeza inclinada durante un cuarto de hora: esta operación debe repetirse siete ú ocho veces seguidas por la mañana, antes de salir el sol, y por la tarde, después de ocultarse.

En 6 de Noviembre de 1881, días antes de publicarse las *Bases del Folk-Lore Español*, nuestro querido compañero y amigo Sr. D. Antonio Machado y Alvarez, publicó en este mismo periódico una entusiasta invitación á *La Marina española*, para que tomase una parte activa en la resolución de los interesantes materiales que ofrece para la nueva ciencia la vida marítima.

M. Paul Sébillot, distinguido folk-lorista francés y autor entre otras importantes obras de la titulada *Les contes des marins* (París 1882), nos remite hoy el *Interrogatorio* que á continuación insertamos, rogando á todos los folk-loristas españoles, especialmente á los que viven en puertos de mar, se sirvan remitirnos los materiales que recojan referentes á las preguntas contenidas en este *Cuestionario*, á fin de que España tenga debida representación en la obra que prepara el señor Sébillot, y se disponga respondiendo á la utilísima y autorizada invitación del Sr. Machado y Alvarez, á hacer una obra española en que figure el inmenso arsenal de conocimientos que, sobre lo que podemos llamar

El Folk-Lore del Mar, poseen los distinguidos marinos y no ménos inteligentes marineros españoles. Hé aquí ahora el *Cuestionario* á que nos referimos:

CUESTIONARIO PARA RECOGER los materiales folk-lóricos relativos al mar

I.—El Mar

- 1.—Nombres vulgares, dialectológicos y extranjeros.
- 2.—Sobrenombres.—(*La gran yegua blanca, la taza grande.*)
- 3.—Epítetos populares originados del aspecto del mar ó de sus movimientos y ruidos.
- Expresiones para designar los estados del mar.
- 4.—Nombres de ciertas corrientes.
- 5.—Proverbios, comparaciones, adivinanzas.
- 6.—*La marea.*—Sus nombres, dictados, formulillas.—Si la marea ejerce influencia sobre la vida y la muerte y la salud de los hombres ó de los animales.—Si ella es la purga del mar.—Su influencia sobre el tiempo.—Causadel flujo y reflujo: sus nombres y apodos.
- 7.—*El agua del mar.*—Supersticiones relativas á los baños.—Si la mar es sagrada y no debe arrojarse á ella cosa alguna los domingos.—Qué causa produce el movimiento y crecimiento de las olas.—Creencias relativas á la ola tercera.—Nombres particulares de ciertas olas: (Ejemplo: *el perro tras su amo.*)—¿Acatarra el agua del mar?—¿Qué enfermedades cura?—¿Es salado el fondo del mar?—Causa que produjo ó sostiene la salazon del mar.—Leyendas.
- 8.—*Alta mar.*—Nombres, creencias, etc.—¿Existen islas maravillosas?—¿Hay islas donde las almas son transportadas en barcos?—Se conocen islas flotantes ó que parecen huir de los navegantes?—Rocas y bancos malditos ó funestos.—Nombres característicos de los escollos y lugares peligrosos.

II.—La costa

- 1.—*Puertos.*—Nombres, proverbios, frases.—Saludos á la entrada de los puertos por existir en ellos capillas, efigies, etc.
- 2.—*Sitios peligrosos en la costa.*
 - (a) *Cabos.* Nombres, dictados, oraciones, conjuros, bautismos.
 - (b) *Escollos.* Cabos ó puntas que atraen los barcos.—Nombres particulares: (Ejemplo: *Nido de cangrejos, espinas del mar.*)—Dichos y referencias. (Ejemplo. *Son los paraderos de genios maléficos.*)—Ofrendas hechas á estos génius.
 - (c) Bancos de arena.—Nombres, dictados.
 - (d) Corrientes peligrosas.—Medios sobrenaturales para aquietarlas.
- 3.—*Puntos que sirven de señal.*—Señales especiales, capillas, grandes árboles, etc.—Supersticiones.—Conjuros y hechicerías hechas por los marineros á la gente de tierra, con respecto á las señales.
- 4.—*Cavernas.*—Sus nombres.—Por quién están habitadas.—Supersticiones, leyendas.
- 5.—*Ciudades tragadas por las olas.*—Leyendas.—Campanas que tocan bajo el mar.—Hallazgos y descubrimientos.
- 6.—*La ribera y las orillas.*
 - (a) Capillas en ciertos parajes.—Cruces erigidas.—¿A quién recuerdan?
 - (b) Fuentes.—Manantiales en el mar.—Leyendas.
 - (c) Influencia de la vista de tierra sobre los enfermos.
 - (d) Aparecidos y almas en pena en las orillas y playas.
 - (e) La arena, las conchas, los guijarros.—Amuletos y medicinas.
 - (f) Toma de posesion por los navegantes.

III.—Meteorología marítima

- 1.—*El cielo y las nubes.*—Observaciones y creencias relativas á su influencia sobre el mar.
- 2.—*Los astros.*—Las estrellas, el sol y la luna en relacion con el mar.
- 3.—*El viento.*—Nombres, sobrenombres, frases, refranes, adivinanzas.—Rosa de vientos.—Tormentas: medios para atraerlas ó alejarlas.—Las brujas y el viento.—Los vientos personificados.
- 4.—*La bruma.*—Nombres, frases, supersticiones.—Diablos de la bruma.
- 5.—*Los meteoros.*—Auroras boreales, fosforescencia, fuego de San Telmo, arco-iris, rayo y centella, etc.
- 6.—*Predicción del tiempo.*—Como lo predicen los animales.—Señales que dan los pájaros, los peces, etc.
- 7.—*La calma.*—Frases.—Cómo se hace cesar.
- 8.—*La tempestad.*—Quien la provoca.—Brujos, demonios, cadáveres insepultos.—Quién la aplaca.—Ruidos y campanadas.—Amuletos y promesas arrojados al mar durante la tempestad.

IV.—Culto y habitantes del mar

- 1.—¿Entra el sol en el mar?—Ruidos á su puesta y salida.
- 2.—Culto al mar.—Libaciones, baños tomados en ciertas épocas, bendición del mar.—Procesiones en las

orillas.—Costumbres: andar de espaldas ante la efigie de un santo.

- 3.—Los santos del mar.—Nombres, milagros, leyendas.
- 4.—Sirenas, iradas, ninfas.
- 5.—Los hombres del mar.—Diablos marinos, duendes, aparecidos.
- 6.—Mónstruos.—Serpientes y lobos marinos, grandes púpos, etc.—Peces que sumergen las embarcaciones.—Peces fantásticos.

ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA.

Secretario del Folk-Lore Andaluz.

Sevilla y Setiembre de 1884.

A LA REPUBLICA

I

¡Perdiste tu poder! Fáltote aliento
en la postrera noche del combate:
fuiste huracán violento,
corcel que se derrenga al acicate.

II

Viejas liras cantaron tu derrota;
viejos labios te dieron su anatema
viendo tu frente rota
al peso sucumbir de tu diadema.

III

¡Ah! fuiste tempestad que se dilata
por el campo sin fin del horizonte
y sus rayos desata
en la cumbre al tocar del alto monte.

IV

Pero ¿quién te mató? ¿Quién en tu cuello
clavó el puñal del asesino odioso?
¿Quién puso negro sello
en tu faz que irradiaba el sol hermoso?

V

La insesatez de la pasión; la furia
de tu bastarda prole y la venganza;
la zapa de la injuria
que socavó el dosel de tu esperanza.

VI

No fué la astilla del caduco trono
la que alumbró tu lucha gigantea;
dióte luz el enceno,
guió tus pasos la incendiaria tea.

VII

Tú no oíste la voz de tu tribuno (1)
que te avió cejar ante el abismo;
sólo el grito impertuno
sintió tu corazón, del egoísmo.

VIII

Cual se desborda asolador torrente,
tu frenético error saltó la valla
para ceder vilmente
ante el ciego furor de la metralla.

IX

Y caíste, por fin. Se hundió tu estrella
en el mar tenebroso del futuro;
señalaron tu huella
volcada el aya y arrojado el muro.

X

Ya pasó para ti la edad riente
do soñabas quimeras encantadas;
hoy ya tienes la frente,
cual las manos, de sangre salpicadas.

XI

Mas ¿dejaré de amarte, dulce sombra
de mis ardientes juveniles años?
Tu fragor no me asombra,
y ¡ay! lloro tus reveses y tus daños.

XII

Lloro la ingratitud de tu destino
que el árbol que plantaste arrancó verde;
cual llora el campesino
la semilla infecunda que se pierde.

XIII

El clamor de una guerra fratricida
tu conciencia dejó pasmada y sorda;
te viste acometida
por la chusma brutal horda tras horda.

XIV

El crimen desgarró tu augusto manto;
á tus plantas surgió negra serpiente
que infundiendo el espanto
te apretó entre sus nudos torpemente.

XV

En tu fracaso y ea tu angustia grave,
descendió sobre tí la ambición fiera;
¡la carnívora ave
su víctima destroza antes que muera!

(1) El eminente tribuno D. Emilio Castelar.

XVI

Mas ¡ay! contigo devoró la tumba
noble generacion, de génius raza;
hoy sólo alienta y zumba
la cuadrilla del vulgo en foro y plaza.

XVII

¿Cuándo renacerás? Al fin, el hado
con duro freno amansará sus iras...
¡Limpia el arma, soldado!
¡Templad, poetas, las sagradas lirás!

JOSÉ DE SILES.

REVISTA DE MADRID

¿Hay cólera? ¿No le hay? ¿Existe realmente en España ó todo ese aparato oficial con que se ha declarado su aparición es sólo efecto del excesivo temor de algunas autoridades? Preguntas son estas á que hoy por hoy es muy difícil contestar. Dicen unos que sí, y aplauden el celo de los encargados de velar por la salud pública; dicen que no otros muchos con no menor copia de razones y argumentos, y colocada entre ambos juicios la opinión imparcial no sabe qué decir ni qué partido tomar. Al susto de los primeros momentos, á la intranquilidad de los primeros días ha sucedido un estado de indecisión que aquieta los ánimos. En fuerza de oír á los que afirman y prestar asentimiento á los que niegan, nos vamos acostumbrando los españoles á hablar de la terrible enfermedad como de una de tantas cosas que absorben diáritmo en nuestra atención. Todo lo que ha ganado el cólera como arma política, lo ha perdido como motivo de inquietud. Que es tan pesada la atmósfera en que vivimos en España, que ni los mismos microbios han podido escapar á su influencia. Venían —si han venido— á infectarnos, y nosotros les hemos infectado á ellos. —Yo no sé si habrá en el espacio que media entre los Pirineos y Gibraltar algun español atacado de cólera morbo; lo que sí puedo afirmar rotundamente es que hay microbios sospechosos de política.

En España somos así. Es propio, sin duda, de nuestro carácter el echar á brama lo que todos los pueblos toman en serio. En otros países la aparición del cólera es una calamidad universal que une á amigos y contrarios en un pensamiento común; aquí, no. Los partidos que luchan no sólo conservan sus posiciones, sino que emplean como un arma el nuevo elemento que viene á mezclarse en sus disputas, y se tiran los microbios á la cabeza. No hace muchos días un periódico conservador, grave y sesudo con intermitencias, arriesgaba vergonzosamente una opinión que, si no fuera una saudez, sería un crimen: la de ver un fin político en el envío desde Tíbet de unos trapos que parecen haber servido de vehículo á la enfermedad. En cualquier parte esta hipótesis hubiese provocado una protesta general: pues bien, aquí hay gente que hasta la ha acogido como una explicación. Mientras las oposiciones censuran las medidas adoptadas, los ministeriales repiten en todos los tonos que si los españoles tenemos vida á estas horas, se la debemos al gobierno. Y cada cual vive aferrado en su idea, y todavía no se sabe si es el cólera ó no la enfermedad de que se muere la gente en Novelda, Elche, Monforte y otros puntos.

¡Extraña enfermedad el cólera! Se desconoce su naturaleza, nadie puede seguir su marcha en el organismo, no se sabe cuál es su germen, ni cómo se trasmite, ni cómo se desarrolla, ni por qué termina favorablemente unas veces y desgraciadamente otras, ni por qué ataca á estos individuos y respeta á aquellos quizá más expuestos al contagio. ¡Nada! Sólo se la puede juzgar por sus efectos, y sus efectos son terribles: poblaciones diezadas, ciudades convertidas en vastos cementerios, lugares por donde pasa la enfermedad sin dejar un individuo que narre su visita; el hambre y la miseria como sus consecuencias naturales, la relajación de todos los vínculos como sus primeras manifestaciones; lo que era amor, alegría, trabajo, convertido en odio, desolación y muerte. Enfermedad traidora, que vive á nuestro lado, que nos expía esperando el momento más oportuno para caer sobre nosotros; que está quizá en el pan que nos llevamos á la boca, en el agua que calma nuestra sed, en la flor que nos embriaga con su aroma, en el vestido que, loca de alegría, se viste la desposada el día que celebra su matrimonio; que viene á nosotros en el abrazo cariñoso de la mujer querida; que nosotros mismos transmitimos en el beso que por la noche ponemos en la frente de nuestro hijo dormido al deseárselo un sueño delicioso... Nada respeta: hiere al médico que en pie junto al lecho del atacado ejerce su misión de caridad; al sacerdote que reza sobre el cadáver despidiendo al alma que se fué; al enterrador que cumple una obra de misericordia acostando en su último lecho el cuerpo ansioso de descanso... Corre tras los fugitivos, los sujeta, se rie de su miedo, y asíéndose á sus ropas ó pegándose á su carne, hace que le transporten á otras ciudades, á otros pueblos. Surca los mares asido al palo mayor del buque donde flota la bandera nacional, ó mezclado á los equipajes que se hacinan en la bodega; corre la tierra montado en

la locomotora que devora las distancias, en la carta del hijo ausente ó de la madre intranquila. A veces la trae una tempestad. A veces también otra tempestad la arrastra en el torbellino de sus nubes.

Y en su visita a los pueblos parece una mujer coqueta y caprichosa, que no obedece á ninguna ley, que no se doblega bajo ninguna voluntad, que no se presta á imposición ninguna. Pasa de un punto a otro respetando los lugares intermedios, cual si quisiera perdonarlos ó sintiese un impulso de compasión. En tal fecha desdéná subir a las montañas; en tal otra no baja a las llanuras. Dentro de una misma ciudad, se resiste a pasar por una calle; dentro de una calle, se cinea a pasear por una acera; en una hincra de casas salta alguna que otra; en una misma casa pasa por delante de algun cuarto sin llamar a él; aquí deja unos hijos sin padres; allá quita a unos padres sus hijos. Hay ocasiones en que los que huyen el contagio son atacados por el mal que respeta a los que le desalían. Poderosa, invisible, impune, mata evocando en la memoria el recuerdo de mitológicos castigos, efectos de la cólera de un Dios irritado por los delitos de los hombres. Y cuando, harta de matar, se ataja paso a paso y sosteniendo con tesón su retirada cual soldado aguerrido que se aleja vencedor, y no vencido, deja tras sí como recuerdo de su paso un lago de lágrimas y una pila de cadáveres.

Hace pocos días, en nuestra última Revista, al dar cuenta a nuestros lectores de los ensayos practicados en Francia para la solución del gran problema de la dirección de los globos, y al recordar con tal motivo las prodigiosas conquistas de este siglo XIX que lo mismo escribe su lema en la bóveda del cielo que en el profundo seno del mar, nos gloriamos de ser hombres: la invasión cólerica nos hace despertar de nuestro sueño y rebaja algo esa gloria que tan pomposamente nos atribuíamos. Si, tomando al hombre prehistórico cuando falto de todo auxilio no era más que un juguete de la naturaleza y siguiéndole paso a paso en su penosa peregrinación a través de los siglos hasta llegar al punto en que hoy se encuentra, habiendo dominado ya gran parte de las fuerzas que ayer le eran enemigas, el espectáculo es hermoso. Pero considerándole detenidamente en su aspecto moral, es preciso reconocer que el salvaje no ha muerto en él del todo; que aún está ligado a la animalidad primitiva; que si ya ha vencido la naturaleza no ha domeñado, sin embargo, sus instintos. El árbol se ha vestido de hojas y flores; separad esas flores y esas hojas y encontrareis aún la áspera corteza, de la que no ha podido desprenderse todavía. Raspad, raspad el hombre y vereis aparecer el mono.

¿Qué son, sino, qué significan esas precauciones que toman los pueblos al solo anuncio de la enfermedad? ¿Qué quiere decir ese aislamiento en que se deja a los pobres atacados por sólo el delito de ser menos dichosos que sus paisanos, y sentirse heridos por el mal; esa inhumanidad verdaderamente salvaje que lleva a encerrar a los coléricos en sus casas, a privarles de todo auxilio, a impedir que salga aun el médico que vuela en su socorro en cumplimiento de un deber sagrado, y que podría llevar a otra parte la esperanza y la vida; ese acordonamiento absurdo de las poblaciones hermanas que se desconocen, se condenan a incomunicación absoluta, hacen retroceder los trenes de viajeros, reciben a tiros a los que llegan, y aun han pensado en que, apenas hubiera un caso, se arrancase al enfermo del seno de su familia para llevarlo a un hospital? ¿Es esto justo? ¿Es esto honrado? ¿Es humano siquiera? Recuerdo haber leído con profunda pena un hecho horrible: en un pueblo murió una joven enferma del pecho; alguien, tan bajo de espíritu como cobarde de cuerpo, habló de enfermedad sospechosa, y la autoridad obligó al padre y a un hermano de la víctima a que por sí mismos la enterrasen. Ese padre, transido de dolor, doblándose bajo el peso del cadáver de su hija, abriendo con sus propias manos la tumba que había de encerrarla para siempre, depositándola él mismo en el húmedo fondo de la fosa y echando sobre su ataúd las paletadas de tierra que la ocultaban a sus ojos; esa lúgubre despedida de tres almas; ese cuerpo rígido, estenuado por la enfermedad, suspendido sobre su lecho eterno por su padre y por su hermano, que le regaban entre tanto con sus lágrimas, son todo un poema de desesperación por entre cuyas estrofas pasa el Dante de vuelta de su *Inferno*. Y es, a la vez, la más terrible, la más severa reprobación del miedo, de ese miedo cobarde que nos presenta indignos de ser hombres. ¿Qué se ha hecho la caridad? ¿Ha de ser sólo el egoísmo el que impere en el seno de esta sociedad poltrona? ¿No ha de venir un rayo de luz a iluminar la noche densísima que por todas partes nos rodea?

Asusta realmente el extremo a que puede llevarnos tal sistema. Lazos del amor, lazos de la amistad, lazos de la gratitud se quebrarían como débiles hilos desgastados por el tiempo. La muerte, no sería ya la muerte, sino también la soledad, el abandono, el desengaño, la desesperación. Los que murieran, morirían maldiciendo... ¡El egoísmo! Planta estéril, que solo da frutos de espinas, y que crece en un suelo árido, sacudida por un viento de maldición. El egoísmo imperante hace inverosímil el amor más puro y santo que hay sobre la tierra: el amor de una madre por su hijo, amor que es todo sacrificio, abnegación, desinterés. Así como la caridad es la mayor entre las virtudes, el egoísmo es el más grande entre los defectos, y, en casos como el presente, el más grande entre los crímenes. Y mucho más en un estado de relativa cultura. Al menos el salvaje que mata a los ancianos de su tribu

porque no pueden vivir por sí solos, ó a los niños porque no los puede alimentar, cree cumplir un deber sagrado que, muchas veces, recomienda la misma religión que sigue, el mismo Dios a quien adora; pero en Europa, en el estado actual de civilización, ¿qué disculpa tiene ese egoísmo?

¡Ah! Con esto se ve que lo peor del cólera no es que mate los cuerpos de los que ataca; lo peor es que atraiga de ese modo el corazón de aquellos a quien respeta.

Los madrileños, sin embargo, podemos estar tranquilos; la venida del cólera, si viene, no nos pillarà de sorpresa. El otro día se bendijo el nuevo cementerio del Este tras tantas y tantas dilaciones, y ya le tenemos en disposición de recibirnos en sus anchurosas cavidades. Los periódicos siguen paso a paso los trabajos de instalación, y por ellos se sabe que la obra toca a su fin, que la ciudad del reposo eterno se completa rápidamente. Ya tiene abiertas las calles que han de habitar tantos vecinos silenciosos, ya hay dispuestas fosas para alojar a los primeros que lleguen, y pasan de 1.200 los cuartos desalquilados que aguardan pacientemente un inquilino.

Y seguramente que no ha de faltar éste. Más tarde ó más temprano, con pasaporte del cólera ó de otra enfermedad cualquiera, a esa ciudad llamaremos todos, rendidos por una larga jornada, en busca de la paz y el sosiego que inútilmente perseguimos en la vida. ¿Será ese el punto de llegada ó simplemente una estación de tránsito con unos cuantos minutos de parada y sin fonda? Pasa el tiempo indiferente, ruedan las horas, los días, los años y los siglos en su inmutable reló, y la familia humana se renueva, y sus individuos caen uno tras otro, y van a confundir su cuerpo cansado con la tierra que momentos antes pisaban. Las ciudades de los muertos se pueblan poco a poco, se llenan, rebosan, y cuando ya no caben en ellas más cadáveres, cuando ya han dado asilo a miles y miles de individuos, edificase otra algunos cuantos metros más allá, y la nueva se llena también como se llenó la antigua. Y a ese trabajo incesante de la muerte, a ese tejer y destejer continuo de la naturaleza, casta Penélope, sublime, enamorada de la inmortalidad, es a lo que llamamos vida, mezcla confusa de alegrías y dolores, decaimientos y esperanzas.

Lejos de la capital, pasadas las Ventas del Espíritu Santo y cerca ya de Vicálvaro, rompiendo la monotonía del paisaje, árido y triste como todos los paisajes de Castilla, alzase el nuevo cementerio abarcando porción considerable de la llanura. Hace pocos meses pasé yo por aquel sitio, y me detuve a contemplar la que ha de ser, quién sabe desde cuando, mi morada. No había allí flores ni árboles, ni vegetación ninguna, que en medio del palacio de la muerte presentase el espectáculo de la vida, brindando así al alma que aspira al infinito la esperanza de una resurrección. Los pájaros pasaban por encima sin detenerse en las paredes enladrilladas ni alegrar el espacio con sus gorgeos. Unos cuantos albañiles daban la última mano a parte de la fachada, sin preocuparse quizá de que adornaban su último refugio. Era la hora de la caída de la tarde. El astro poderoso de la luz había ocultado ya su disco brillante y sólo quedaban de él, como recuerdo, algunos rayos prendidos a la línea del horizonte, dando festones de púrpura y tintes del crepúsculo a las nubes que hasta allí habían ido tras el sol. Por el extremo opuesto del cielo levantábase la luna llena, semejante a un globo de plata, y el cielo empezaba a bordarse de estrellas y las primeras sombras de la noche invadían el campo. Lejos se oía el tañido de las campanas que saludaban con el ángel a la Virgen galilea y lloraban la ausencia de la luz.

Nadie cruzaba el angosto camino semejante a una monstruosa culebra dormida en el llano, extendiendo su cuerpo en graciosas ondulaciones. Ningun otro ruido venía a turbar el silencio que allí reinaba como en su propio imperio. Yo pensé en los seres que pronto dormirían en aquel sitio; me acordé de mis muertos queridos, eternamente inmóviles, eternamente silenciosos, aprisionados en su cárcel de tierra, evocé la memoria de sus besos, volví a verlos tendidos y sin vida en el fondo de su ataúd, y me asustó aquella tristeza, me dió espanto aquella soledad, y sentí una corriente de hielo que recorría todo mi cuerpo precipitando los latidos de mi corazón y enviando algo como una lágrima a mis ojos, y me pregunté si todo aquello que tanto representaba para mí habría concluido para siempre... Alcé los ojos y vi las estrellas que brillaban en la extensión, la luna que seguía elevándose en la sombra; la Polar siempre fija en su inmutable asiento sirviendo de lazo misterioso a dos constelaciones; Arturo que brillaba en todo su esplendor; la graciosa silla de Casiopea, perdida en los espacios siderales cual si esperase un Dios que ha de ocuparla; el grupo de las Pléyades, unidas siempre, como pequeña caravana de peregrinos que juntos cruzan el desierto para animarse y protegerse; el famoso Aldebarán; Sirio, brillante como el mismo sol; Orion con su estrellado cinto luminoso... y algo como un rocío de consuelo cayó sobre mi espíritu, y algo como una voz apenas perceptible vertió en mi oído frases de esperanza.

Enfrente de este vasto campo-santo, otro mucho más reducido destinado a los disidentes, a los que mueran fuera de

la iglesia... ¡Pequeñeces, miserias humanas! ¿Qué más tiene una tierra que otra? ¡Por ventura no son de la misma clase, como son del mismo origen y de la misma naturaleza los muertos que han de dormir en una y otra?

¡Incrédulos y creyentes! La intransigencia de los hombres los separa; la madre tierra los reúne en su regazo y los confunde en un mismo beso de amor.

El nuevo cementerio está abierto. Ya saben ustedes donde tienen desde hoy su nueva casa.

Esperando que sea un hecho el medio de dirigir los globos y contrarrestar la fuerza de las corrientes atmosféricas, el capitán Castanet ya conocido de nuestro público, aprovecha los antiguos modelos para hacer excursiones nocturnas con las que anima un poco las noches, ya poco concurridas, de los jardines y atrae al Prado toda esa gente de Madrid aficionada a divertirse por poco dinero; gente que se niega a pagar la peseta de entrada en el Retiro, y luego murmura de la empresa y del aerostato si el globo no se eleva a la hora en punto, lo mismo que si realmente la hubieran estafado.

Hermigüea la gente en el vasto salón donde los jóvenes hacen el amor y los viejos finguen dormir; suenan de pronto los tres estampidos de reglamento, todas las conversaciones se interrumpen, se arquean todas las cabezas, se levantan todas las miradas, y se vé el globo saliendo rápidamente de entre las arboledas del Retiro, hendiendo el aire iluminado por caprichosas luces de Bengala que le dan aspecto fantástico. Un ¡ay! de admiración le saluda, una sombra se mueve en la barquilla, agita los brazos, y cada vez se va haciendo más pequeño el aerostato. El viento le empuja apartándole de su primitiva dirección y le lleva al interior de Madrid como si quisiera enseñarle algún buen punto de vista, ó le empuja á las afueras como si rechazase al intruso. Pronto la máquina que tan grande aparecía queda reducido á un pequeño punto luminoso, y la luz que arde en la barquilla le hace parecer semejante á una de esas estrellas rojas, amarillas ó blancas que brillan las noches de Estío; queda un momento inmóvil en la extensión, y empieza á descender rápidamente, imagen de todo el que se ha elevado muy deprisa, sin méritos para ello. Los tejados le ocultan, ya no se le vé, y los viejos tornan á su sueño más ó menos fingido, y los jóvenes á su conversación más ó menos inocente. El público del tendido de los sastres, se desparrama por las calles haciendo cálculos sobre el punto en que habrá caído el globo. La fiesta de la noche ha terminado.

El frío de estos días, precipitando la clausura de los Jardines, privó á los madrileños de este espectáculo gratuito. Llega el Otoño con sus días lluviosos, con sus noches desapacibles. Madrid empieza á recobrar su fisonomía del Invierno. Alguno que otro teatro de segundo orden se ha abierto ya, pero aún no han comenzado los estrenos de obras nuevas. Esperamos que el año cómico y literario, nos resarza de los sustos que nos ha hecho pasar el cólera.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

Gloria sin bombos

En el escaparate destacaba su modestísima portada un libro chiquitín. *Temas varios*, por Eduardo Benot. Y nada más... Recordé que los títulos del Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo llenan toda la portada de su última obra, y detrás viene él, retratado, y enseñando una porción de arabescos y latinajos contenidos en círculos que parecen un poco el marco del *Expositarium*, y luego, ó antes, lo más trascendental de los *Problemas Contemporáneos*, ó sea el duro que cuesta la media docena de discursos, que á esto se reducen los tales problemas, viniendo á salir á peseta la pieza y el todo un timo; — que si sospecho que no resuelve Cánovas ningún problema en el libro en cuestión, en Dios y en mi ánima que prefiero gastar los veinte reales en un conejo, pongo por bicho.

Como Michelet, en Francia, como Aristides Rojas, en América, Eduardo Benot ha dado forma literaria á varios trabajos científicos y, al igual de aquellos ilustres escritores, ha salido airoso del empeño.

Me parece excelentísima la idea de poner una bonita *cortesa* (lo diré así) á los trabajos científicos; porque la ciencia, como ciertos medicamentos, no amarga tanto tomada en píldoras.—De niño se comió un amigo mío un tomo de geometría y trigonometría, con cubierta y todo, que era de pasta, creyendo que digeriría mejor los problemas. (Por cierto que fué un escándalo en el colegio.)

Méjor malo de tragar todo lo que dice Benot á propósito de volcanes, terremotos y demás atrocidades y cataclismos, Krakatoa inclusive; pero... ¡eso de los átomos! y ¡eso de los billones! y ¡eso de la cristalización del infinito! (caballeroo ¡el cólera! ó peor aún para

asustar á Romero) hay que meterlo entre mizas de pan para que pase por la garganta sin dar cañalera.

No todo es amargo (para Romero), por lo científico, en el libro chiquitín *Temas varios*. Hay de vez en cuando su poquito de miel. *Luz y Claridad* es una filigrana del espíritu de ese demagogo, Benot, que sabe llorar con los pobres... y filigrana también, con cambiantes de luz científica, *El carbon y la esclavitud*: artículo que he leído con cariño, mal que pese á mi fama de *negrero*. (Saben Benot y Labra que si hay un abolicionista en el mundo, un Lincoln ó Schoelcher, como si digéramos, ese soy yo; pero sin prisas, nada de precipitar las reformas ultramarinas.) *Los viejos* es un estudio muy curioso, esmaltado por tantas citas históricas, que resulta un primor de erudición. Pero ni por esas. Figúrese usted, lectora, lo que pretende Benot: que las niñas, á quienes llama el «hechiceras de doscientos meses», prefieran los viejos á los jóvenes. Quiere probar, además, la superioridad de aquellos por ser los primeros en la política, en las ciencias, y... los que conmueven más el corazón de las mujeres. — Vamos, que Benot no está bueno.

Y, sino, pregunte á esas niñas, que son las más bonitas del mundo (mejorando las presentes), á esas niñas de Cadiz, que es el mejor pueblo de la tierra, á cuál de los Benot conocidos prefieren ellas: el Benot de ahora (con saber más que todo el Ministerio junto), que va andando con la edad ingrata, ó el Benot de treinta años atrás, que reñía con los hombres valientes y comía pescadilla con las muchachas bonitas. Por defender á la senectud — no se por qué, siendo así que aún le faltan algunos kilómetros para llegar allá,—ha hecho, sin querer, un chiste cruel, un sarcasmo terrible. Dice que nada como los viejos sabe hacer reír. Si que inspiran risa, yo lo creo. Es más, á todos los viejos, hecha excepción de los ilustres, que escasean, y de los honrados, que escasean más en Madrid, á todos los viejos, digo, se les puede y debe ahogar en el Manzanares (como se ahoga en el Ganjes á los chinos defectuosos), ya que no por otra cosa, porque afean las calles y el decorado público, y arrastran consigo el penoso recuerdo de la muerte...

En lo que lleva razón Benot, es con decir que no existe un cabal paralelismo entre la decadencia física y la intelectual; y prueba es el mismo Benot que columbra ya el ocaso de la vida, y en punto á ciencia está más terne que Dios; en una palabra, en plena alborada de las facultades psíquicas.

Temas varios, por Eduardo Benot: ¿Esta sobriedad es modesta ó vanidosa? La vanidad suele ser un aspecto de la modestia. Cuando un hombre se llama Bismarck, maldita la falta que le hace poner en la portada de una obra:

BISMARCK

Chanciller del imperio alemán

¿Que por qué? ¡Hombre! Porque no haya miedo que le confundan los eruditos del porvenir con un estadista *pour rire*...

Salmeron despreciando el carruaje de la Presidencia para ir á pié por las calles, muy preocupado, al parecer, y siempre aforrado en un leviton parruzco, me parecía la imagen de Satanás, por lo soberbio. Todo el mundo sabía que era Salmeron aquel hombre de apariencia más que pobre: diríase que lo llevaba escrito en la frente...

El filósofo español iba á pié... por humildad; él sería el más modesto de los españoles ilustres si no existiera Benot, que, en punto á modestia, es un Jesucristo... cantonal.

Y en estos tiempos de bombo y platillo tiene muchas quebras el papel de Nazareno... Cuando hasta oradores ó predicadores sagrados (dígalo, sino, el P. Cámara) se atizan cada bombo que ¡ya! ¡ya...! la modestia de Benot es un pecado mortal, casi casi. Si va á Cádiz se enteran cuatro amigos y el portero (el portero, entiéndase bien, si ve bajar el equipaje); si escribe una obra, que es un prodigio de ciencia, sobre el aprovechamiento de las marcas, se descubren algunos sábios extranjeros, mientras los españoles continúan siendo caballeros cubiertos; si viene un sabio alemán á consultarle sobre sus gramáticas, va Benot y se esconde en un rincón de la casa, de donde hay que sacarle, poco ménos, como se saca de su cueva á los hurones. Que se está muriendo... ¿Y á mí qué me cuenta usted? Que se murió... Pues tal día hizo un año... Que lo enterraron y nadie lo acompañó al cementerio... Pues déle usted memorias.

Pero... ¿no se sabe que Benot es un sabio como no hay dos en España, y literato, y matemático, y filólogo, y, por estos y otros títulos, una verdadera gloria nacional? ¡Qué ha de saberse! Ni tiene derecho á que se sepa. No faltaba más sino que estuviera pregonado por la fama un hombre que no va á ninguna parte para pasarse la vida estudiando, y que, en vez de gastar carruaje ó de dar tés bailables, gasta un pañuelo rojo anudado en la frente, estilo Marat.

¿Y no se sabe tampoco que fué diputado y senador y ministro...? Algunas personas lo sabrán, supongo yo, para pedirle empleos si vuelven *los suyos* (los de

Benot); pero la generalidad no sabe de la misa la media. Claro: bueno estaría que se recordara á un ex-ministro republicano que no ha sabido ser *oportunist* conservándose, bien al contrario, como una roca á orillas del mar azotada de continuo por el oleaje de la restauración.

De manera —dirá el lector—que no se sabe nada. Le diré á usted: como saberse, se sabe que llegará á ministro un personaje, don Sisenando, que acaba de salir ahora y ya está abonado á todos los turnos de *La Correspondencia*.

Pero ni una palabra de Benot. Y, sin embargo, él es más, mucho más de lo que llevo dicho. Ha cultivado con merecimientos la literatura dramática. Ha escrito muchos dramas, pero ha publicado pocos. Ha escrito muchas poesías y ha publicado ménos que dramas. De mozo obtuvo plácemes en la escena; y ahora espera á morir para publicar sus trabajos, que forman manuscritos una biblioteca.

Es asimismo excelente orador. No prepara párrafos artísticos de cien kilómetros de largo, ni pone esos ojos que están de moda en nuestra tribuna (ojos de carnero á medio morir); — pero es correctísimo, elocuente, enérgico. En materia de ideas políticas es uno de los pocos *convencidos* que nos quedan. Pertenece á los tiempos prehistóricos, á la gloriosa época de la vergüenza española. Por eso no suena mucho ni poco: ya se ve, es un fósil... No entiendo de mixtificaciones ni de distingos, y como habla sin rodeos ha dicho atrocidades en el Senado y en el Congreso. El presidente le interrumpía...

—Señor presidente, contestaba Benot, me encuentro en un estado pasional.

Yo he tenido la honra de oírle una vez. Celebrábase un *meeting*, y Benot hizo un discurso digno de ser pronunciado en la Convención francesa... Ya me figuraba yo que entraban por las puertas hombres de aspecto lúgubre y mujeres desarrapadas que blandían enormes hachas... ya me figuraba también que se agitaba sobre la presidencia, muy cerca de Labra y en la punta de una pica, la ensangrentada cabeza de Feyron...—Por fortuna, un monárquico, que estaba de incógnito en un pasillo, dió un caluroso *¡Viva Don Alfonso XIII!*

Apareció Benot sin que le precedieran bombos ni reclamos. No le habían anunciado los periódicos. Tal vez no se le recordaba... Acaso se le creía muerto. Y, sin embargo, cuando este político honrado y consecuente se dirigió modestamente á la tribuna fué saludado con salvas de aplausos y el público pronunció con respeto un nombre que parecía olvidado: *Eduardo Benot*. Nada tan espontáneo ni tan vehemente como aquel aplauso dirigido á la dignidad en desgracia, á la modestia sin recompensa, á la gloria sin bombos. Comprendí que en la política española queda todavía un rastro de vergüenza. En efecto, los espectadores tenían rojas las manos de tanto aplaudir á Benot. — ¡Hasta el monárquico del pasillo estaba colorado, quizá recordando que había aplaudido á Romero Robledo!

Una apoteosis á Benot, lo que se llama una apoteosis. Después, en la prensa, siguió su curso el bombo á los Sisenandos y demás familia.

Hace poco tiempo estuvo Benot con un pié en la sepultura. Pocos amigos —pero buenos, eso sí,—algunos cariños del hogar y muchos deseos de que viviera rodeaban el lecho del enfermo. — Si no se extraviaran las cartas para el Extranjero, yo le hubiera escrito á Dios pidiéndole que me matase en lugar de Benot.

Se moría con la cara muy triste, pero sin maldecir á los fatalismos del destino, y con el pañuelo rojo, anudado en la frente, estilo Marat. Yo salí muy preocupado de su casa, y no dí á nadie la infausta noticia, por creer que todos los españoles tenían la obligación, la obligación patriótica, de saber que se moría Eduardo Benot. Los periódicos, claro está, pensaba yo, lo dirán esta misma noche. Y abrí luego el más noticioso... Ni una palabra. En cambio, había un suelto que rezaba así:

«D. Fulanete ha llamado á D. Zutano el Séneca español: aplausos y ovación. D. Zutano visiblemente conmovido.»

Al día siguiente unos amigos míos que se habían asomado á mi balcon para ver al rey, que pasaba vestido de hulano, me avisaron que por una de las aceras de la calle del Arenal iba el Séneca de la calle anterior. Salí al balcon y empecé á darle veces: — Oiga usted, caballero; que no es usted Séneca español, ni indio, ni nada; lo que es usted, un timador. ¡Guardias! ¡Llévalle á la cárcel!—

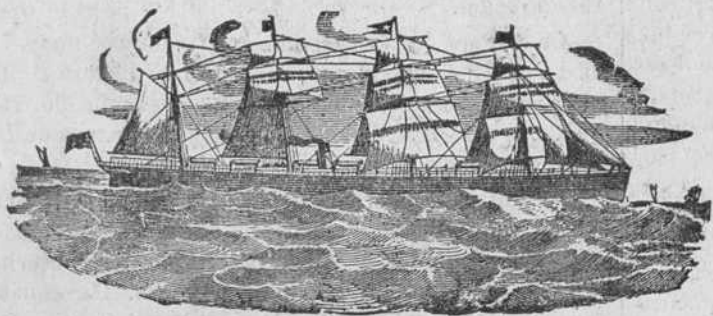
Pero no me hicieron caso. Ya se vé, aquellos guardias pertenecían al número de esos españoles que no tienen pizca de vergüenza.

LUIS BONAFoux.

MADRID

Imp. de EL PROGRESO
á c. de B. Lanchares, Soldado 1.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA con escalas y extension a LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO Salidas trimensuales de

Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes: para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.
Santander, el 20, y Coruña, el 21: para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30: para Puerto-Rico, con extension a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.
Viajes del mes de Agosto
El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Cadiz*,
El 20, de Santander el vapor *Vizcaya*.
El 30, de Cádiz el vapor *Ciudad de Santander*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU Salidas mensuales de

Liverpool, 15; Coruña, 17, Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.
El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Setiembre.

SERVICIO COMERCIAL A FILIPINAS

Salidas mensuales de Liverpool, el último día del mes; Santander, 3; Cádiz, 8, y Barcelona, 15 de cada mes,

con escalas en PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 15 de Agosto.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha heredado en su dilatado servicio. Rebaja a familias, Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
BARCELONA.—La Compañía *Trasatlántica* y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.
CADIZ.—Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.
MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.
LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.
SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.
CORUÑA.—D. E. da Guarda.
VIGO.—D. R. Carreras Iragorri.
CARTAGENA.—Bosch hermanos.
VALENCIA.—Dart y Compañía.
MANILA.—Sr. Administrador general de la *Compañía general de tabacos*.

VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C^{ia}, Farmacéuticos en Paris, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el Hierro, elemento principal de la sangre, la Quina Real amarilla, tónico superior del sistema nervioso, y el Fosfato reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la anemia, la clorosis, la leucorrea, las irregularidades menstruales, los calambres de estómago consecutivos a estas enfermedades, el linfatismo y cuantas dolencias dimanen del empobrecimiento de la sangre. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el VINO de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, desarrolla con rapidez a los niños endeble y a las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros accesos febriles, la humedad de las manos y los sudores nocturnos; es eficaz en las diarreas rebeldes, facilita las convalecencias penosas, y sostiene a los ancianos.

El JARABE de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, que posee las mismas propiedades del VINO, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningún medicamento y toman este JARABE con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS.

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado a

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
(ESQUINA A LA DE CADIZ).

¡¡UN TRIUNFO MÁS!!

Las máquinas "SINGER" para coser han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa: El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cídese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal: 23, CALLE DE CARRETAS, 25. MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



MEDALLA y DIPLOMA de HONOR

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO BLANCO, RUBIO Y FERRUGINOSO AL ALQUITRAN de CHEVRIER, PARIS

Colección farmacéutica de 1.º Clase Comendador del Mérito y de la Real Orden de Isabel la Católica.

EL ACEITE CHEVRIER es destintado por medio del Alquitran, sustancia única y más eficaz que desarrolla mucho las propiedades del Aceite.

EL ACEITE de HIGADO de BACALAO FERRUGINOSO es la única preparación que permite administrar el Hierro sin Constipación ni Cansancio.

Deposito general en PARIS: r. de Valenciennes, 21

En el tratamiento de las Enfermedades del Pecho, recomiendan los Médicos especialmente el empleo del

JARABE y de la PASTA de PIERRE LAMOUROUX

Para evitar las falsificaciones, debiera exigir el Público la Firma y Señas del Inventor: PIERRE LAMOUROUX, Farm^{co} 45, Rue Vauvilliers, PARIS

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Ira ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores. Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

LA MARGARITA EN LOECHES

IMPORTANTISIMO A LA HUMANIDAD

Del minucioso análisis practicado durante seis meses por el reputado químico Dr. D. Manuel Saenz Diez, acudiendo a los copiosos manantiales que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que *La Margarita*, de Loeches, es entre todas las conocidas y que se anuncian al público, la más rica en sulfato sódico y magnésico, que son los más poderosos purgantes, y las únicas que contengan carbonatos ferroso y manganeso, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de *La Margarita* más de doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterio, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el Depósito central, Jardines, 15, bajo, derecha, donde se dan datos y explicaciones.

El único gran diploma de honor

en competencia con todas las aguas purgantes y similares nacionales y extranjeras en la Exposición Internacional de Niza, distinción hasta ahora no concedida.



SE VENDE

un pagaré de rvn. 80.444, suscrito por D. Félix Moreno Queglés, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, número 23; darán razón Mendizabal, número 47, de 9 a 12.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aún en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanja. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pentesos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

GRAN SURTIDO

De ornamentación en zinc liso y estampado vidrios planos, cristales grabados, en blanco y colores, precios económicos.

García y compañía, Ferraz, 21 y Bordadores, 3.